

PUNTO
ROJO

maten a la heredera

joe mogar

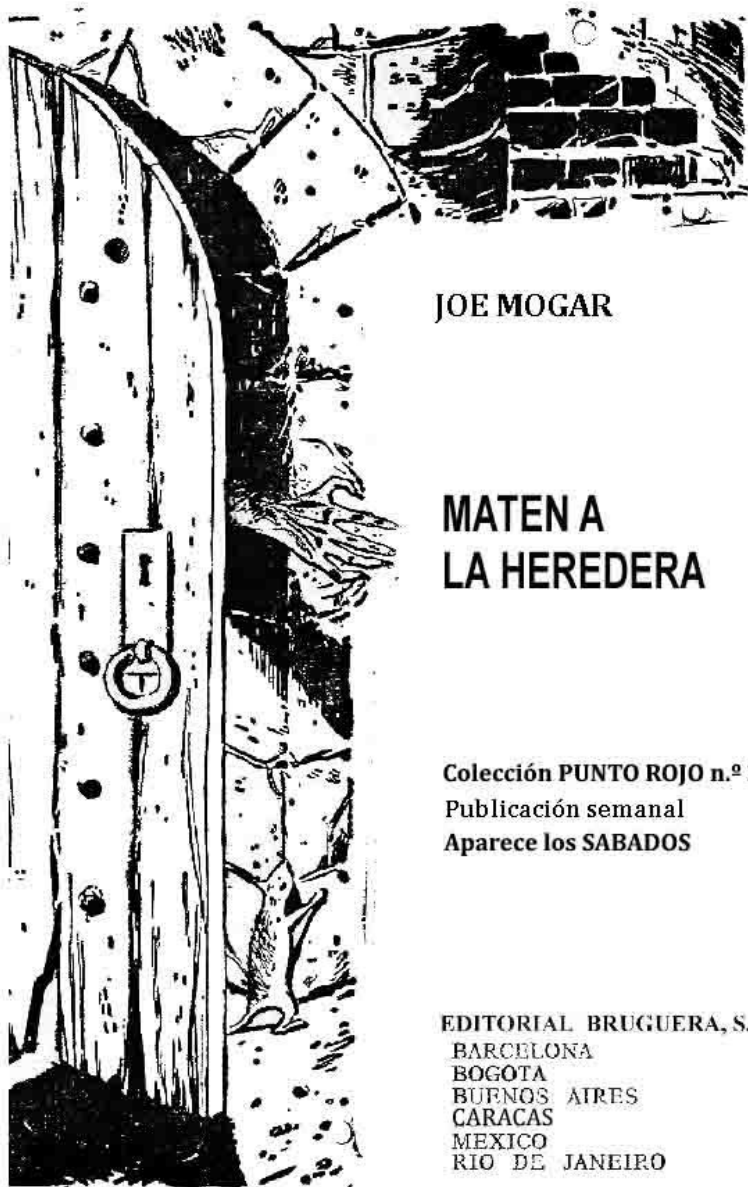


MATEN A LA HEREDERA

PHIL
LANSING

LORNA DANE





JOE MOGAR

MATEN A LA HEREDERA

Colección PUNTO ROJO n.º 250

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA

BOGOTÁ

BUENOS AIRES

CARACAS

MEXICO

RIO DE JANEIRO



Dépósito legal: B 36.663 - 1966

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: febrero 1967

© JOE MOGAR - 1967
sobre la parte literaria

© LUIS ALMAZAN - 1967
sobre la cubierta

© COSTA Y VIVAS - 1967
sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

827 — ¡Saca, Joe!

En Colección BUFALO:

393 — Alias «Pistol Kendall».

En Colección SERVICIO SECRETO:

731 — Siempre mujeres.

En Colección CALIFORNIA:

345 — Un garito en Cuervo.

En Colección SALVAJE TEXAS:

475 — El hombre de San Francisco,

En Colección COLORADO:

334 — Un vaquero en ruta.

En Colección KANSAS:

278 — ¡No vuelvas a Cheyenne!

En Colección BRAVO OESTE:

88 — Dos balas de plata.

En Colección PUNTO ROJO:

180 — Soy un asesino.

En Colección METRALLA:

31 — Corresponsal en Corea.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

51 — "Pesquisa" sin licencia.

En Colección ASES DEL OESTE:

382 — Raza condenada.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO

227 — Buitres de Chicago.

CAPÍTULO PRIMERO

Aquello era descabellado.

Sea lo que fuere, la chica estaba allí, y yo escuchándola.

Era morena, de pelo corto, a la última moda, ojos negros, grandes y rasgados, brillantes. Labios furiosamente rojos, gordezuelos y sensuales, incitantes.

Dos hoyitos en las mejillas, y el redondo y voluntarioso mentón eran las notas más características de aquel hermoso rostro.

Los pujantes senos, orgullosos, desafiantes, la estrecha cintura, las suaves y firmes caderas y las largas piernas enfundadas en nylon.

Y mirándola continué pensando en lo mismo.

Era inusitado.

Interrumpí mis pensamientos para pedir:

—¿Quisiera volver a repetirme todo eso, *miss* Hendrix?...

No se enfadó como yo esperaba, sino que se limitó a mostrarme sus blancos y perfectos dientes en una sonrisa, y contestó:

—¿Quiere darme un cigarrillo, *míster* Lansing?

Extraje el paquete de cigarrillos y le di uno.

Hice lo propio con el encendedor y lo usó para prenderle fuego. Casi en el acto formuló una pregunta:

—Apuesto a que está pensando que esta historia es por demás descabellada, ¿no?

—Seguro. Pero siga, por favor, *miss* Hendrix. Repítamela, ¿quiere?

Me miró con sus ojos cargados ahora de chispitas humorísticas y aquello me sentó peor que un tiro.

—Es sencillo, *míster* Lansing —repitió empezando del mismo modo que cuando una hora antes entró en mi oficina de la Calle 43

—. Pie venido a ofrecerle veinte mil dólares si accede a casarse conmigo para a continuación acompañarme hasta Chicago.

—Por una herencia, ¿no?

—Exacto —me replicó del mismo modo que ya lo había hecho antes.

Ya partir de aquí nuestra conversación fue retrospectiva y versó una y otra vez sobre aquel extraordinario motivo. O por lo menos, me lo pareció a mí.

—Correcto, monada —repliqué—. ¿Quiere decirme ahora qué diablos tiene que ver este matrimonio con esa herencia?

Me miró fijamente, veló sus hermosos ojos con las tupidas pestañas y contestó:

—Nada y mucho, míster Lansing. Pero yo tengo miedo a morir. A que me maten.

Me estaba diciendo exactamente las mismas palabras que antes y respingué sobre el sillón lo mismo que si aquélla fuera la primera vez que oí la frasesita.

—¿Por qué? —pregunté.

El hermoso rostro que tenía delante de mí se nubló.

—Escuche —contestó suavemente—, me estoy hartando de este juego. Si no quiere hacerse cargo del asunto, dígamelo, y en paz.

No repliqué de momento.

Pensaba.

El caso no era para menos.

Una rica heredera según ella. Una herencia que tenía que recibir en Chicago a raíz de la muerte de una tía suya que había muerto repentinamente pero en circunstancias extrañas.

No me explicó en qué estribaba lo extraño del suceso ni ya pregunté al efecto, aunque no me entraba en la cabeza lo del matrimonio.

Pregunté:

—¿Qué tiene que ver este caso con un matrimonio entre usted y yo?

Fumó en silencio por espacio de varios segundos y me contestó:

—Tengo miedo, mucho miedo, y deseo un guardaespaldas que pueda estar conmigo a todas horas sin que nadie pueda hablar de mí, ni padezca mi reputación, al mismo tiempo que sea un hombre lo suficientemente inteligente como para poder descubrir lo que

haya de falso en la muerte de la hermana de mi madre, ¿comprende?

Una locura.

Y no por lo que descabellado tenía la cosa sino por...

Bueno, con una mujer como ella. Y con veinte explosivos años. ¡Y qué piernas, diablos!

—¿Cuándo partimos para Chicago, preciosa?

Se puso en pie.

La imité.

—¿Eso quiere decir que acepta?

—Claro. ¿Cuándo será la boda?

Su hermoso rostro se coloreó un tanto.

—Esta noche, míster Lansing —contestó sin tutearme.

Pero lo hice yo cuando repliqué:

—¿A qué hora, y dónde te espero?

Frunció el ceño pero no protestó.

—Iré yo misma a buscarle. ¡Ah! Prepare su equipaje, pues inmediatamente después tomaremos el avión para Chicago.

—¿Tan urgente es?

—Mucho, Phil.

—Correcto, linda —dije—. ¿Te acompaño?

—Sólo hasta la puerta. Luego ya nos veremos.

—Se te olvidó decirme la hora...

—Sí, claro. A las ocho estaré en la puerta de su apartamento.

Buenas noches, Phil.

Me tendió la mano, la estreché y se fue, dejándome solo envuelto en su discreto perfume y llevando en las retinas su explosiva y felina figura y en la mente unas piernas como yo no había visto otras.

Me senté detrás de la mesa, abrí el cajón central de la misma y extraje la botella de *whisky*.

Bebí directamente de aquélla, pensando.

Me gustaba el asunto.

Me interesaba.

Alucinaciones de niña rica, o un capricho más. ¿Qué buscaba Pamela Hendrix con todo aquello? ¿Un nuevo muñeco? ¿Un nuevo juguete?

Podía ser.

Si era así, yo estaba dispuesto a seguir su juego hasta donde quisiera llevarme. Veinte mil dólares eran muchos dólares y más si se tiene en cuenta que mi cuenta bancaria se tambaleaba.

Veinte mil sábanas me venían de perilla. También Pamela con sus cosas, con todo lo que tenía sobre sí misma y que a mí me gustaba tanto. Con sus piernas.

Una delicia.

Un verdadero monumento de mujer.

Bebí de nuevo, guardé la botella y me puse en pie.

Diez minutos más tarde conducía mi viejo «Ford» en dirección a la Calle 13 Este, donde tenía mi apartamento.

Me duché, me cambié de ropa, puse el despertador a las siete de la tarde y me tendí sobre la cama dispuesto a dormir un poco.

Pero mis pensamientos, cabalgando por extraños derroteros, me lo impidieron.

A las siete me levanté de un humor de mil diablos, me puse mi mejor trate, fui al mueble bar, luego al frigorífico y me preparé un *whisky*.

Lo mediaba cuando llamaron a la puerta.

Miré el reloj.

Las siete y cuarenta minutos.

Fui a abrir.

Pamela llevaba un vestido negro, de blonda, ceñido a su figura como si fuera una segunda piel, con escote en forma de V.

Unas rodillas tan perfectas como el resto de sus piernas, como perfecta era su endiablada figura de mujer joven y hermosa.

Me aparté para dejarla pasar y la conduje hasta al *living*.

Calladamente le indiqué el sofá para que se sentara y lo hizo cabalgando una de sus piernas sobre la otra.

El espectáculo me fascinaba, por lo que pregunté:

—¿Qué quieres beber, linda?

Señaló mi vaso antes de contestar.

—Un *whisky*, Phil. Pero pronto. Nos están esperando.

Se lo preparé, y al entregarle el vaso, dije asaltado por una súbita idea:

—Antes se me olvidó decirte una cosa, Pamela.

—¿Y es?

—No tengo licencia para ejercer en Chicago. Comprendes eso,

¿verdad?

—Lo supuse, querido —contestó—. Pero si te hace falta por cualquier causa, la obtendrás aunque sea en forma provisional.

No pregunté cómo lo lograría, pero sí repliqué:

—Conforme. ¿Algo más?

Me miró dubitativa, asetándose con sus grandes y rasgados ojos y contestó:

—Sí, decirte algo importante, Phil.

—¿Y es...?

—Sobre mi tía Florencia. Murió envenenada, ¿sabes? Eso no te lo dije.

Solté un respingo.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Oh! Recibí carta de los otros herederos y de la policía de Chicago.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

Me quedé de piedra cuando replicó:

—Se me olvidó. Eso es todo.

No replique de momento.

Cuando lo hice, tal vez porque mi voz sonó de distinto modo, Pamela sonrió burlona.

—Ahora el caso está en manos de la policía, ¿no?

—Sí.

—Entonces, ¿dónde entro yo?

—Ya te lo dije. Como guardaespaldas personal mío, y... Bueno, un detective privado tiene más posibilidades de éxito que la policía. Quiero decir que trabaja más rápido tal vez porque él, la mayoría de las veces bordea la Ley.

—Gracias —dije.

Se rió mientras se ponía en pie privándose del espectáculo de sus piernas, y al hacerlo noté que ya se había bebido el *whisky* mientras que mi vaso estaba aún lleno.

Bebí de golpe y pregunté:

—¿Vamos, linda?

—Sí, pero antes... —vaciló un poco y luego lo soltó de golpe—: Nuestro matrimonio será una farsa, ¿comprendes, Phil?

Dije que sí.

No podía hacer otra cosa. Perdía a la mujer pero ganaba veinte

mil de los grandes. Aunque no me gustara del todo, también merecía la pena.

CAPÍTULO II

Había un «Ferrari» pintado en rojo estacionado frente a la puerta.

Lo miré por todos lados y no me asombré cuando Pamela fue directamente hacia él para abrir la portezuela.

Lo rodeé para entrar por el otro lado, lo hice, y entonces vi a la rubia.

Me asombré.

Un peinado alto, de ésos a la última moda, unos grandes e intensos ojos verdes, un óvalo perfecto, una escotada blusa, unos senos aún más audaces que los de la propia Pamela.

Algo debió ver en mi rostro por el espejo retrovisor ya que se volvió hacia mí encarándome:

—Se trata de Lorna Dane, Phil. Es mi secretaria. Vendrá con nosotros. No hay inconveniente, ¿verdad?

Pensé que aunque lo hubiera nada podía decir y contesté:

—Por mi parte no, querida, sino todo lo contraria.

—Gracias.

La respuesta fue seca y no precisamente en boca de Pamela sino en la de la rubia que tenía a mi espalda.

No repliqué.

Pamela acababa de embragar y ahora estaba apretando suavemente el acelerador, con lo que el «Ferrari», se despegó del bordillo de la acera con una suavidad que me asombró.

No pregunté tampoco a qué lugar me llevaba.

Lo mismo daba a uno que a otro.

Al fin nos detuvimos allá por la Calle 43, y vagamente recuerdo que un viejo juez de paz nos casó firmando la bella y rubia Lorna como testigo, haciéndolo otro, que puso aquel juez, cuyo nombre no

recordé antes ni ahora.

Era curioso pero fue así.

De lo único que estoy seguro es que de un modo repentino me vi descendiendo del «Ferrari» en pleno aeropuerto de La Guardia.

Fue entonces, cuando con todo descaro, miré a la rubia secretaria de la que ya entonces era mi mujer.

Mareaba mucho más que antes me había mareado Pamela.

Una blusa, como dije antes, el nacimiento de unos pujantes y audaces senos, y las piernas más hermosas que había visto en mi vida, puestas al descubierto casi en su totalidad por unos cortísimos «shorts», desde mucho más arriba de medio muslo.

Sorprendí un brillo inusitado en los ojos de Pamela y desvié los ojos de donde no debía para mirarla a ella.

Fue entonces cuando habló, luego de consultar su reloj de pulsera:

—Falta media hora para salir —dijo—. Tú y yo vamos a acercarnos al bar. Tengo ganas de beber algo —miró a Lorna y añadió—: Lo siento por ti, querida. Debes enviar el coche a Chicago.

La rubia me miró, la miró a ella, volvió a mirarme, y espetó:

—Haré que lo envíen, Pamela. Por tanto volveré dentro de un par de minutos. No deseo dejarte sola mucho rato con míster Lansing.

Solté un respingo mientras ella daba media vuelta y se introducía en el interior del «Ferrari», con objeto de llevarlo al lugar pertinente, mientras a mi lado, Pamela lanzaba una corta y burlona risita que me sentó... Bueno, peor que un tiro.

Sí, claro, en todo aquello, había muchas cosas que me estaban sentando de aquel modo.

Fuimos al bar y nos encaramamos en los altos taburetes en espera de que anunciaran nuestro vuelo.

Apenas acabábamos de pedir dos *whiskies* cuando se presentó Lorna que se colocó a nuestro lado, y sin poderlo evitar, admiré una vez más sus hermosas piernas desnudas, pero de nuevo, Pamela intervino con harte sentimiento por parte mía:

—Si de nuevo le veo mirando las piernas de Lorna, querido —dijo en un tono de voz tan quedo que apenas si logré oír—, tú y yo vamos a tener un disgusto.

No repliqué a aquello pero sí dije en tanto ella nos asaetaba con sus grandes y rasgados ojos verdes:

—No obstante tengo que hablarla, linda.

—¿Ya?

—¿Qué significa ese «ya»?

—¡Oh! —exclamó para seguir a continuación—: Hasta te creo capaz de besarla. Y te apuesto mil dólares a que te da una bofetada. Por lo tanto no lo intentes. Un bofetón y un par de arañazos... Creo que no es suficiente recompensa, ¿verdad?

La miré fijamente y advertí:

—No obstante, Pamela, tú ya delimitaste los campos.

Desvió los ojos pensativa:

—Correcto, Phil. Lo hice. Es verdad.

Quizá fue a decir algo más, pero entonces los altavoces empezaron a llamarnos.

Tomé el pequeño equipaje de las dos y fui tras ellas en dirección a las pistas.

Unos minutos más tarde el tetrarreactor

«DC-58»

empezó a deslizarse cada vez más rápidamente por la pista de cemento hasta que levantó el vuelo.

Sentada a mi lado, al lado de la ventanilla, Pamela miraba deslizarse las nubes hacia atrás.

Frente a mí, en la butaca de delante, la hermosa y blanda cabellera de Lorna brillaba.

En vista de que ninguna de las dos decían nada me dediqué a mirar las piernas de la azafata y como aquello me aburría también, tome una revista y me puse a leer, sin enterarme de nada, ya que mi mente empezó a cabalgar por regiones insospechadas.

Por fin cayó la noche.

La azafata vino a interrumpirnos.

Lorna pidió café, Pamela un martini y yo un manhattan».

Empecé a beber.

Fue entonces cuando Pamela rompió el silencio que nos embargaba desde hacía por lo menos dos horas.

—¿Sabes dónde iremos a parar una vez en Chicago, Phil?

Aparté los ojos de la chica que había en la portada de la revista y la miré.

—No tengo ni la menor idea.

—Pasaremos el día de mañana en la ciudad y luego, por la noche, nos trasladaremos a una quinta a orillas del lago —sonrió añadiendo—. Acabo de inheritarla.

—¿En conjunto?

—No. Pero si muero, puede pasar a manos de otros conjuntamente con todo lo que contiene. Vas entendiendo, ¿verdad?

Lo entendía perfectamente, por lo que hice otra pregunta:

—¿Qué tal son tus familiares, querida?

La respuesta fue en extremo evasiva, y al formularla recordé que ya en Chicago me había dicho lo mismo:

—Ya los irás conociendo.

No contesté.

Tomé el vaso y bebí largamente. Hecho esto extraje el arrugado paquete de cigarrillos, discretamente toqué en el hombro a Lorna que se volvió lanzándome una mirada agradecida, le di uno, otro a Pamela, y me puse el tercero entre los labios.

Los encendimos.

Lorna, ladeando la cabeza para mirarnos, fue la que rompió el silencio con una pregunta:

—¿Dónde voy a alojarme yo, querida?

Vi los dientes de Pamela cuando sonrió un segundo antes de replicar:

—En el hotel con nosotros. Luego, cuando nos traslademos a la quinta, puedes quedarte en Chicago hasta la llegada del coche. Es decir si...

—¡Oh! Por mí no te preocupes, Pamela.

Se volvió y entonces pregunté:

—¿Cómo te tuteas con tu secretaria, linda?

Pamela sonrió:

—Curioso como todo polizante —comentó—. Pero te lo diré. Es de mi absoluta confianza. Por otra parte, estudiamos juntas. Nos conocemos desde pequeñas, querido. ¿Satisfecho?

No lo estaba ni mucho menos, pero me callé, y en vista de mi silencio preguntó:

—¿En qué piensas?

—En todo este asunto —contesté sin vacilar.

—¿Arrepentido?

—¿Adelantaría algo si lo estuviera, Pamela?

—No. Desde luego, no. Eso antes, en Chicago.

No repliqué a aquello, pero hice otra pregunta:

—Cuéntame cosas de tu tía, ¿quieres?

—Era hermana de mi madre como ya te dije, Phil. Una vieja solterona cargada de dólares. Al morir nos dejó la herencia repartida entre seis sobrinos de un modo que al morir uno los otros, automáticamente, heredaran a partes iguales lo que el otro dejaba.

—¿Cómo era ella?

Me miró pensativa mientras yo pensaba que a aquella mujer había que sacarle las palabras del cuerpo con sacacorchos.

—Mala, al decir de todos cuantos la conocían.

—¿También es tuya esa opinión, linda?

—No, porque yo no la he visto jamás. Nací y me crié en Nueva York, y tía Florencia jamás salió de Chicago.

Me dejó de una pieza.

—¿Quieres decir que sin conocerte te dejó todo un montón de dólares?

—Sí. Eso he dicho. Sorprendente, ¿verdad?

—Correcto, preciosa. ¿En qué proporción con relación a los demás, si no es indiscreta la pregunta?

Me sonrió.

—Lo es, querido, pero voy a contestarte. Soy la que más hereda. Cosa de millón y medio de dólares, sin contar lo que vale la quinta, mientras que los demás heredan bastante menos. No sé cuanto cada uno ya que no asistí a la lectura del testamento.

—¿Es por eso por lo que deseas que nos quedemos un día en Chicago?

—Claro, cielo. Oye; ¿sabes que me estás resultando una pesquisa inteligente?

La miré, pero su rostro, ahora completamente impenetrable, nada me dijo. Por tanto me quedé sin saber si se burlaba o no.

Contesté:

—En ese caso, estoy por asegurar que deseas que vaya contigo a enterarme de dicho testamento, ¿no?

—Efectivamente, querido. Eso es lo que deseo.

No repliqué de momento.

Pensaba.

Y traduje parte de estos pensamientos en una sola pregunta:

—¿Irá Lorna con nosotros?

Me miró fijo, muy fijo, y contestó:

—Te gusta Lorna, ¿verdad, amor?

Arqueé una ceja.

—Es hermosa —dije.

—Sí, muy hermosa. Y te gustan también sus piernas. Te diste un atracón de ellas en el aeropuerto.

—Dile que no use los «*shorts*» si te sientes celosa, cielo.

—¡Oh, no! Nada de eso, querido, sino todo lo contrario. Voy a usarlos yo también.

—¿Para qué, linda?

Cerró los ojos retrepándose contra el respaldo de la butaca.

—Para que hagas comparaciones, Phil —replicó—. Y ahora buenas noches. Estoy cansada y deseo dormir.

No repliqué y clavé los míos en la bella y altiva cabeza de Lorna Dane.

CAPÍTULO III

Un taxi nos llevó a los tres al número 680 de la avenida Fullerton.

Cruzamos la acera, entramos, y en el más completo silencio utilizamos el ascensor, hasta el decimoquinto piso.

Nos abrió una mujer.

Estuve a punto de suspirar al verla, pero no lo hice.

Un centinela llamado Pamela me lo impedía. Por otra parte, ella estaba preguntando ya:

—¿Qué desean?

Pamela dio la respuesta:

—Me llamo Pamela Hendrix, y deseo ver a míster Alf Buchanan.

La secretaria, se apartó de la puerta y nos hizo pasar a la antesala.

Nos indicó unos sillones.

—Esperen un momento, por favor, que enseguida le aviso de su visita, *miss* Hendrix.

Se fue desapareciendo por una puerta del fondo, contoneando malignamente las caderas.

Los ojos de Lorna chispearon y el rostro de Pamela se nubló, por lo que como un buen chico, desvié los míos de allí.

Acabábamos de sentarnos cuando apareció la muchacha.

—Míster Buchanan la está esperando, *miss* Hendrix —dijo.

Nos pusimos en pie y precedidos de ella, entramos.

Buchanan era un tipo corpulento, de unos sesenta años de edad, escondido detrás de una enorme mesa despacho y detrás de sus lentes de montura de carey.

Se puso en pie al vernos entrar.

—¿*Miss* Hendrix...?

Pamela se adelantó.

—Yo soy, míster Buchanan —dijo.

Y antes de que él dijera nada más, presentó:

—Mi secretaria *miss* Dane, y mi esposo, míster Phil Lansing.

No sé si fue ilusión de mis sentidos o el rostro del notario se nubló un tanto. Sólo fue un segundo y a continuación una sonrisa iluminó su semblante, rodeó, la mesa, y nos tendió la mano.

Pero sus palabras fueron dirigidas a Pamela:

—¡Bien venida a Chicago, *miss*...! ¡Oh, perdón! Bien Tenida, *mistress* Lansing. ¿Quiere sentarse, por favor?

Carraspeó para aclararse la garganta y añadió:

—Viene a examinar el testamento, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Siéntense, que enseguida se lo leeré.

Lo hicimos así.

Mientras Buchanan rodeaba de nuevo la mesa, en sentido inverso, para sentarse detrás de la misma, miré a las dos mujeres que estaban a mi lado.

El rostro de Pamela era una máscara completamente impasible, como si lo que iban a leer allí no la afectara para nada.

Miré a Lorna y estuve a punto de sobresaltarme: Los grandes y rasgados ojos verdes de ella brillaban de un modo casi diabólico, y me pregunté por qué.

Era un testamento como todos.

Una última voluntad que a mi entender llevaba dinamita dentro, según fuera la categoría moral de los beneficiarios.

Quedaba así:

Una quinta a orillas del lago Michigan y millón y medio de dólares para su sobrina Pamela Hendrix. Sin condición alguna.

Quinientos mil dólares para su sobrina Mabel Callender, que los recibiría cuando contrajera matrimonio.

Otro medio millón para su otra sobrina, Liz Murphy, sin condición alguna.

Setenta y cinco mil dólares para su sobrino Don Murphy, hermano de la anterior, también sin condiciones.

Doscientos cincuenta mil para su otro sobrino Joss Delano Hendrix, que recibiría íntegro cuando acabara la carrera que estaba estudiando, si la acababa alguna vez.

Como me había dicho Pamela, al morir uno de ellos, la cantidad que éste dejaba pasaba a engrosar el capital de los demás, a partes iguales, sin exceptuar a Pamela a pesar de ser ella la que más heredaba.

Pero había algo más.

Algo que me hizo fruncir el ceño.

La vieja maniática, si se le podía llamar así, dejaba dos millones en valores del Estado y otras cosas más, al más listo de los cinco. Para eso sólo tenía que buscar algo que estaba escondido en algún lugar de la quinta de Pamela.

Algo, que sin lugar a dudas, le diría a «Fulanito de Tal», dónde podía encontrarlos.

Me quedé de piedra.

Notando los ojos de los tres fijos en mi rostro, miré a Buchanan.

—¿Puedo hacer una pregunta? —dije.

De soslayo vi las impasibles pupilas de Pamela y el brillo curioso de los ojos de Lorna.

—Sí, claro —me replicó míster Buchanan.

Pensé rápidamente durante unos segundos y luego le solté:

—Dígame, ¿es cierto lo de esos dos millones?

—¿Se refiere al papel del Estado?

—Correcto.

Me miró por encima de las gafas y contestó:

—Es cierto, míster Lansing. La difunta me dijo que los había escondido en algún lugar del lago Michigan. En un sitio que nadie encontraría sin ayuda. Como especifica el testamento, debe de existir dentro de la quinta de *mistress* Lansing un papel, un algo, que especifique exactamente el lugar donde los escondió.

—¡Esa mujer estaba loca!

Se hizo un brutal silencio ante las inopinadas palabras de Lorna, que desvió los ojos al suelo y musitó a continuación:

—Te ruego que me perdones, Pamela, pero no he podido contenerme.

Mi esposa no replicó, por lo que continué, ahora con una pregunta que sobresaltó visiblemente al notario:

—¿Qué sabe del asesinato de *miss* Florencia Callender?

Siguieron unos segundos de silencio que aprovechó para quitarse las gafas y empezar a limpiar sus cristales valiéndose para ello de

un immaculado pañuelo blanco, y contestó:

—Pudo ser un suicidio, míster Lansing.

—Sí, claro —asentí—, pudo serlo. Y dígame, ¿es ésa también la teoría de la policía?

—Eso es algo que no sé. Vinieron aquí, me hicieron un montón de preguntas, se fueron, y ya no han vuelto más.

Mentalmente me pregunté si me estaba diciendo la verdad o no.

—¿Quién lleva la investigación, míster Buchanan?

—El teniente Lajos Presley, míster Lansing —me replicó—. ¿Va a ir a verle?

—Puede ser —contesté, en tono evasivo.

Buchanan me miró pensativamente y acto seguido soltó la bomba.

—El teniente Presley es un buen amigo mío —dijo—. Voy a darle una tarjeta para él, si la quiere. Creo que podremos conseguir entre unos y otros que usted pueda ejercer en Chicago como si estuviera en Nueva York.

Me sorprendí.

—¿Cómo diablos sabe que...?

—Usted es un investigador privado, míster Lansing —me interrumpió completando mi no terminada frase—. No sea niño. He visto su nombre muchas veces en los periódicos, e incluso fotografías relacionadas con tal o cual caso. ¿Quiere esa tarjeta?

—Correcto, démela, y gracias.

Me la dio y se puso en pie.

Era una despedida en toda regla por lo que nosotros también lo hicimos así. Entonces dije:

—Una última pregunta, míster Buchanan; ¿puedo hacerla?

—Sí, claro. ¿Por qué no?

—¿Qué tal estado de salud tenía miss Florencia cuando murió? Quiero decir si...

—Sé lo que quiere decir —me atajó una vez más—. Y le diré que de hierro. Era una mujer que hubiera podido muy bien llegar o, mejor dicho, vivir unos veinte o treinta años más.

—Eso descarta la posibilidad de un suicidio, ¿no?

—No necesariamente, y usted lo sabe, míster Lansing.

No repliqué a aquello, por lo que salimos unos segundos más tarde.

Ya en la calle, llevando a Pamela del brazo, ya que sin pedir permiso se colgó del mío, pregunté:

—¿Dónde vamos ahora, querida? ¿A la quinta?

Denegó con la cabeza.

—Estoy cansada. Por tanto, propongo el hotel. Quiero descansar un poco durante el día, ya que a la noche, como tenía pensado, nos trasladaremos allí.

Ni Lorna ni yo replicamos.

Un nuevo taxi nos condujo hasta allí, y los tres entramos en la habitación destinada a Pamela y a mí.

Sólo que yo tenía que dormir en el sofá y ella no, lo que era una verdadera lástima.

Pero para un servidor. Se entiende, ¿verdad?

Nos miramos en silencio por espacio de unos largos segundos, hasta que Lorna lo rompió de un modo repentino.

—¿Me necesitas para algo, Pamela?

Mi esposa arqueó una de sus finas y elegantes cejas.

—No, ¿por qué?

Lorna contestó con otra pregunta:

—¿A qué hora vas a trasladarte a la quinta?

—¡Oh! Bueno, creo que será sobre las ocho o las nueve de la noche. Después de haber cenado. ¿Por qué? —repitió por segunda vez.

—No conozco Chicago, querida, y me gustaría dar un paseo. ¿A ti qué te parece?

Antes de que Pamela replicara, lo hice yo, esperanzado:

—Yo sí, *miss* Dane. Si quiere y Pamela no tiene inconveniente, podía acompañarla.

—Yo no. Podéis iros cuando queráis. —Clavó los ojos en las desnudas piernas de Lorna, que aún continuaba con los «*shorts*» y preguntó—: ¿Vas a cambiarte?

Ella se las miró, una fugaz sonrisa apareció en sus labios y contestó:

—¿Para qué? Hace calor dentro y fuera. Es un horno. Por tanto...

—De acuerdo, entonces. Pero procura estar aquí sobre las ocho, querida.

Dijo que sí y me acerqué a Pamela.

—Que descanses entonces, querida.

La abarqué por la cintura, la atraje contra mi pecho y la besé en los labios notando como se quedaba quieta entre mis brazos para luego debatirse en ellos, llena de furia.

La solté, decepcionado.

Casi al instante, dijo:

—No, Phil. ¡Eso no! Nunca, ¿entiendes?

Entonces recibí la bofetada más fenomenal de toda mi vida.

Mientras ésta estallaba en el interior del dormitorio con toda su virulencia, oí reír a Lorna.

Frente a mí, con los ojos centelleantes, llena de cólera, con los senos palpitando desacompasadamente bajo la suave tela que los cubría, vi a Pamela, la expresión de Pamela.

Di un paso hacia ella, me detuve, y espeté fríamente:

—No vuelvas tú tampoco a hacerlo, mi vida.

—¿No? ¿Por qué?

—Porque podía resultar peligroso. Golpéame otra vez y verás cómo te la devuelvo con creces. No lo olvides, ricura.

Me volví en redondo hacia la puerta sin fijarme ni poco ni mucho en la expresión de Lorna, y abandonando el dormitorio salí al pasillo.

Lorna me alcanzó junto al ascensor.

—Espere un momento, pesquisa —dijo—. ¿No habíamos quedado en que nos iríamos juntos?

No repliqué, por lo que en el más completo silencio tomamos el ascensor que nos llevó a la planta baja. Cruzamos el vestíbulo y salimos a la calle.

CAPÍTULO IV

Sobre la amplia acera me encaré con ella.

—¿Dónde vamos? —pregunté, un tanto secamente. Los verdes y grandes ojos brillaron un tanto burlones.

—Adonde quiera —contestó—. Usted manda. Yo no conozco Chicago.

La miré de pies a cabeza.

—Si por lo menos se hubiera puesto una falda, *miss Dane*...

—Llámeme Lorna. Phil —dijo—. En cuanto a una falda... ¿Para qué? Sé que le gustan mis piernas más que las de Pamela. También sé que una chica en «*shorts*» puede ir a cualquier parte.

—Sí, claro —dije pasando por alto muchas de las cosas que pensaba debido a sus palabras—. Pero no a bailar.

—No, claro, pero si quiere tenerme en sus brazos, aunque sea bailando, ya tendrá ocasión de ello.

—¿Y si se me ocurre besarla, Lorna?

Me llevé la mano a la mejilla y con los ojos chispeantes, se rió.

Pero no replicó, se adelantó hacia el filo de la acera y unos segundos más tarde, un taxi se detenía junto al bordillo.

Subimos y di una dirección allá por Madison Avenue.

Cuando el taxi arrancaba expliqué:

—Es un pequeño restaurante con terraza y jardín. Lo pasaremos bien.

No contestó a aquello, sino que ante mi estupor lo hizo a la pregunta que en tono jocoso formulé unos segundos antes de que detuviera al taxi.

Y lo hizo estando muy cerca de mí.

Demasiado.

—Yo no le golpearía a usted, Phil.

La miré fijamente.

Vi junto a los míos sus gordezuelos, rojos y sensuales labios y me incliné.

Ella, Lorna, fue la que tomó la iniciativa. Casi en el acto noté la caricia de sus dedos en mi nuca y el beso brotó violento y espontáneo entre los dos.

Cuando nos separamos, faltos de respiración, pregunté, mirándola con gesto socarrón:

—Esto no le gustará a Pamela, linda.

Sus ojos verdes centellearon.

—Al diablo Pamela y usted, Phil. Cuando deseo que un hombre me bese, no me preocupo de nada más.

—¿La besaron muchos?

Me miró fijamente, desvió los ojos por la ventanilla y contestó:

—Algunos, Phil, pero usted es el primer hombre al que le pido que me bese.

Se lo agradecí, seguro de que no mentía, y no repliqué.

Descendimos del taxi frente al restaurante y entramos.

Por entre las mesas la llevé a la escalera del fondo y subimos por ella hasta la terraza.

Lorna misma escogió una apartada mesa, entre un espeso macizo de flores, lejos de las miradas indiscretas.

—Sentémonos aquí. Phil —dijo mirándome a los ojos con un extraño brillo en los suyos rasgados, grandes y verdes.

Sonreí:

—¿Qué intenta, Lorna? —pregunté—. ¿Seducirme?

—Es usted un cínico, Phil —espetó—. Pero me gusta su cinismo.

La tuve en mis brazos al segundo siguiente, notando el fuego de sus besos y cómo devolvía todas y cada una de mis caricias.

Y no pensé en Pamela hasta que nos separamos. Hasta que nos sentamos, el uno frente al otro.

Entonces pregunté:

—¿Qué quiere tomar?

Sus ojos brillaban como los de un felino cuando replicó:

—Un *whisky*, amor, lo necesito.

Esperamos en silencio hasta que nos sirvieron.

Lorna bebió un par de sorbos, y cuando soltó el vaso sobre la superficie de la mesita, pregunté, deseando cambiar de

conversación:

—¿Qué opina de todo esto, Lorna?

—¿Se refiere a mis besos, a las caricias, o a su matrimonio con Pamela? —preguntó, a su vez.

—Al asesinato de Florencia Callender —contesté brutalmente.

Se estremeció y achicó los ojos.

—No llego a comprenderlo del todo, Phil —me replicó—. Pero tengo miedo. Debí quedarme en Nueve York. Hay... hay algo maligno en ese testamento.

Hice una pausa y las palabras de Lorna quedaron flotando en el aire como un presagio siniestro.

—¿Qué sabe de todo esto, Lorna? —pregunté repentinamente.

—¿Yo? ¡Phil! ¿Qué diablos quiere que sepa? Soy la secretaria de Pamela, pero nada más. Si sé algo, es simplemente lo que ella me ha dicho.

—¿Y qué fue lo que le dijo Pamela, querida?

—Lo que tú sabes.

Me di cuenta de que me había tuteado y, al parecer ella también, ya que enrojeció violentamente.

—Perdone, Phil —dijo.

Sin hacer caso de aquello, continué.

—Y usted, Lorna, ¿qué piensa de todo esto?

—Ya lo dije delante del notario. Para mí que Florencia Callender estaba loca, o, en su defecto, odiaba tanto a sus sobrinos y familiares, que antes de morir ideó algo tan diabólico como para que ellos se mataran entre sí.

La miré con admiración notando cómo ahora estaba completamente pálida, porque sencillamente había llegado a la misma conclusión que yo.

Formulé otra pregunta, sin respeto alguno para la muerta y a pesar de las palabras que Pamela me dijera respecto a lo mismo:

—¿Cree que la vieja se suicidó?

Su respuesta sonó enormemente rápida a mis oídos.

—No. La mataron. Estoy segura de ello. Como lo estoy de que ahora la próxima víctima será Pamela.

—¿Por qué está tan segura de ello, Lorna?

—Por la sencilla razón de que es la que más hereda. Es un millón y medio de dólares, que repartidos entre cinco suman la

cantidad de trescientos mil dólares para cada uno, ¿no? Es un buen pellizco, y yo tengo miedo.

—¿De qué tiene miedo, Lorna?

—¡Oh! No lo sé. Ésa es la verdad. Pero crea que en estas circunstancias, ser la secretaria particular de Pamela no reporta ningún beneficio, sino todo lo contrario. —Me miró pensativa y continuó al parecer sin que viniera a cuento con la conversación que sosteníamos—. Y el caso es, Phil, que si matan a Pamela, yo no me lo perdonaría mientras viviera. No, no me lo perdonaría jamás.

Confieso que no la entendí hasta mucho, muchísimo después.

—¿Por qué, Lorna? —pregunté.

Me miró, sonrió, bebió otro poco y contestó:

—Por nada, Phil, olvídalo.

Mirándola fijamente a los ojos, comprendí que ya no diría nada más en aquel sentido, y entonces formulé otra pregunta:

—¿Qué opina Pamela de sus familiares, linda?

Me dedicó la sonrisa más maravillosa del mundo cuando replicó:

—Nada, Phil. Pamela no puede opinar nada.

—¿Por qué? —pregunté, asombrado.

—Por la sencilla razón de que ni ellos la conocen y ni ella les conoce a ellos. En lo tocante a Pamela, son extraños completamente.

Me tocó beber a mí mientras pensaba.

¿Qué había más que decir? No lo sabía. ¿Qué hacer? Tampoco lo sabía, como no fuera hacerle una visita al teniente Presley, del Departamento de Homicidios de Chicago por si quería atenderme.

Por otra parte, estaba Pamela y ella deseaba llegar a la quinta aquella misma noche.

También estaba Lorna, que debía de quedarse en Chicago hasta que el «Ferrari» de ésta llegara al aeropuerto.

Pregunté al respecto:

—¿Dónde piensa pasar la noche en Chicago, preciosa?

Me sorprendió su respuesta:

—En cualquier parte menos en el hotel, Phil.

Arqueé una ceja.

—¿Por qué?

Su respuesta sonó en mis oídos enormemente fría.

—Por la sencilla razón de que no deseo que nadie me confunda

con otra persona. Yo no conozco Chicago y usted sí. ¿Dónde cree que puedo alojarme? Luego, usted mismo puede explicárselo a Pamela, ¿no?

La elección del hotel dependía de las posibilidades de ella. De las posibilidades de su bolsillo.

Contesté:

—¿Dónde quiere que la lleve?

No vacilé en replicar:

—A un hotel discreto, Phil, de esos que no hacen preguntas, si me comprende.

Consulté el reloj de pulsera.

Aún faltaban tres horas para las ocho.

—¿No quiere comer?

Me sonrió y pensé que era mucho más humana que la fría y hermética Pamela Hendrix.

—Escoja el menú, Phil —dije sin perder la sonrisa—. Cuando terminemos nos iremos de aquí.

—¿En busca de un alojamiento para usted?

—Correcto, querido.

No contesté, pero me puse en pie y fui a encargar la comida que devoramos en el más completo silencio.

Fue después de pagar cuando pregunté:

—¿Nos vamos, linda?

—Claro.

Se colgó de mi brazo, ante mi estupor, y abandonamos el restaurante.

En la calle tomamos un taxi y me hice conducir a una de esas casas donde alquilan coches sin chófer.

Un cuarto de hora más tarde me encontraba sentado frente al volante de un «Pontiac» pintado en negro y llevando a mi lado, extendidas a todo lo largo, las hermosas y largas piernas de Lorna, secretaria particular de Pamela Hendrix y persona de toda confianza de aquélla.

Transcurridos unos segundos de marcha, preguntó:

—¿Dónde me lleva, Phil?

—A la carretera que conduce al aeropuerto, linda.

—¿Allí? ¿Por qué?

—Por dos razones —replique—. Primero porque hay algunos

moteles a lo largo de la misma, y la segunda porque así está más cerca del aeropuerto.

Me miró con gesto suspicaz, pero no dijo nada hasta que llegamos y a nombre de ella alquilé una de las cabañas.

—¿Entra conmigo, Phil? —preguntó.

No me gustaba la idea, pero no quise desairarla.

—Correcto. Vamos a ver dónde la he metido yo.

Rió quedamente y entramos yendo ella por delante.

Tardamos cerca de media hora en examinarlo todo y luego nos enfrentamos en el vestíbulo y fue la que primero rompió el silencio.

—Me gusta, Phil. —Miró su relojito de pulsera y añadió—: Mire a ver si por ahí hay algo de beber, ya que todavía falta más de hora y media para su cita con Pamela.

No repliqué.

Miré el frigorífico.

Funcionaba, pero estaba vacío.

Me acerqué al teléfono y llamé. Unos segundos más tarde me ponía en contacto con la recepción del motel, lo que motivó que un cuarto de hora después se presentara uno de los barmans llevando unas cuantas copas y un par de botellas de *whisky* y otra de *bourbon*.

Miré a la sonriente Lorna y pregunté apenas el camarero hubo desaparecido por la puerta:

—¿Qué quiere que le prepare, linda?

Se me acercó felina y con los ojos brillantes.

Se detuvo muy cerca, rozándome, y replicó:

—Un *whisky*, Phil. Pero antes quiero que me bese. Tengo miedo. Mucho miedo, y es horrible. ¡Oh, Phil!

Vino a mis brazos y lo olvidé todo.

Cuando nos separamos, eran las ocho de la noche.

La miré, consulté el reloj y dije mientras apartaba sus ojos de los míos:

—Debo irme. Me he retrasado mucho, querida.

Contestó, sin saber dónde mirar:

—Lo sé, Phil. Dígale a... a Pamela que me quedé aquí. Que mañana al atardecer estaré en la quinta.

Salí sin volver la vista atrás.

Empuñé el volante del «Pontiac» y me encaminé directamente al hotel notando que mi conciencia culpable me acusaba fríamente.

Cuando entré, Pamela me estaba esperando en el vestíbulo y se puso en pie apenas verme.

—Muy bonito —dijo con los ojos brillantes como los de un gato furioso—. Llegas casi con tres cuartos de hora de retraso. ¿Por qué?

—Busqué un lugar para que Lorna pasara la noche. Tu hermosa secretaria y sus no menos hermosas piernas no deseaban quedarse aquí. Tenía miedo, ¿sabes?

—Lo comprendo, Phil, porque a mí me pasa lo mismo. Yo también lo tengo. ¿Nos vamos? Se está haciendo tarde y tendremos que buscar un taxi que...

—Alquilé un coche y lo tengo en la puerta, querida.

—¡Phil! ¿Sabes una cosa? ¿No? Pues que me parece que eres un sol.

Inmediatamente me dije que no se lo había parecido ni mucho menos cuando la besé, pero no se lo dije.

Salimos en silencio y unos minutos más tarde conducía yo hacia el Michigan, buscando una quinta que iba a traer muchas complicaciones según mis propios pensamientos.

En un lugar del lago.

Como si éste fuera tan pequeño como una caja de cerillas.

Un papel o algo que indicara dónde estaban ocultos dos millones de dólares en valores del Estado.

¿Una cláusula de un testamento, verdadera, o una pesada broma de una mujer que estaba segura de que más tarde o más temprano iba a ser asesinada?

Algo que no sabía ni posiblemente supiera nunca.

Había intervenido en multitud de casos, pero ninguno como aquél, o por lo menos, que me pareciera tan complicado.

Pamela tenía cuatro primos más o menos lejanos, o primos hermanos para ser más exactos. Todos heredaban una verdadera fortuna que ya estaba manchada en sangre.

Ella, Pamela, se había casado conmigo sólo por una razón: la de que yo no me apartara de su lado ni de día ni de noche. Tenía verdadero terror a todo aquello, pero por otra parte, la obligación ineludible de presentarse en Chicago para hacerse cargo de aquella herencia si quería cobrar los millones.

Pagaba por ello, por mi protección, lo que para mí era una verdadera fortuna. Luego, al acabar con todo aquello, ella no lo

había dicho, pero yo lo sabía, se separaría de mí, y todos tan contentos si llegábamos a contarlo.

No me gustaba el asunto de un principio, y tampoco me iba a gustar en su fase final.

Estaba seguro de ello.

Fue al llegar a esta parte de mis pensamientos cuando Pamela los rompió con una pregunta:

—Dime, Phil, ¿besaste a Lorna?

Estuve a punto de lanzar una maldición, de mandarla al cuerno, pero no hice ninguna de las dos cosas.

Si quería jaleo, lo iba a tener.

—Sí —contesté fríamente—. Y perdiste dólares, querida.

—Eso quiere decir que no te golpeó.

No repliqué.

Ella tampoco añadió más, pero a los cuatro o cinco segundos siguientes, tuve sobre mis piernas un montoncito de pequeños billetes.

—Mil dólares, querido. —Ladeó la cabeza para mirarme fijamente, lo vi por el espejo retrovisor, y añadió—: Creo, amor, que voy a intentar hacerle la competencia a Lorna. Después de todo, soy tu esposa, ¿no?

No repliqué.

No me daba la gana.

Una hora más tarde, completamente de noche, y en el más completo silencio, llegamos a la quinta.

Y al entrar en el bien pavimentado camino que conducía directamente de la carretera a la misma, al verla frente a mí, completamente iluminada, comprendí que aquello solo tenía un nombre:

Invasión.

CAPÍTULO V

Lo era en verdad.

No tuve nada más que mirar los ojos de Pamela para que aquéllos confirmaran mi idea.

No obstante, pregunté:

—¿Qué significan esas luces, Pamela?

Volvió el rostro hacia mí cuando ya estaba estacionando el «Pontiac» frente a los tres iluminados escalones de mármol, y nos miramos en silencio.

Abandonamos el coche y subimos.

Bajo el porche, de mármol blanco, nos miramos en silencio.

Hasta que Pamela lo rompió:

—¡Qué diablos, Phil! —exclamó—. ¡Sé de esto tanto como tú! ¿Vamos?

Avanzó primero llevándome detrás, y entramos.

El espacioso y lujoso vestíbulo estaba completamente iluminado y lo atravesamos hacia una de las puertas que se veían al fondo, y acertamos a la primera, porque era el comedor.

Miramos a través de la acristalada puerta, y tras unos segundos de vacilación, Pamela empujó y entramos.

Estaban discutiendo sin reparar ni por respeto en la comida que tenían sobre la mesa, y callaron los cuatro, mirándonos.

—¿Qué diablos significa esto? ¿Quiénes son...?

No lo sabía, pero el que empezó con las preguntas, dichas en tono frío y seco, fue primo Delano.

Pamela cortó sus palabras y mis pensamientos cuando contestó con tono mordaz:

—Eso es lo mismo que debo preguntar yo. —Avanzó rápidamente hacia uno de los teléfonos instalados en una de las

mesitas adosadas a la misma y puso las manos sobre el mismo—. Vamos, hablen, ¿qué significa la invasión de mi casa? ¿O es que quieren que avise a la policía?

Los cuatro se miraron entre sí, y luego, como puestos de acuerdo, se pusieron en pie y avanzaron hacia ella, sonriendo.

—Caramba, prima Pamela. Porque tú eres Pamela, ¿no? —preguntó Delano—. Celebro verte, y de paso te pido perdón en nombre de todos por la invasión de tu finca. La verdad es que no esperábamos verte por aquí, y más acompañada.

—Es mi marido —cortó ella, con más sequedad que nunca—. Y vuelvo a preguntar lo mismo: ¿Qué hacen aquí? Yo no les invité.

Delano tomó la palabra por tercera vez.

—No, desde luego no, primita, pero creo que es legal según el testamento de la vieja y estúpida Florencia. Aquí, en alguna parte, existe algo que...

—Sé todo eso —cortó Pamela—. Pero a pesar de ello, nada os da derecho a estar aquí.

—¿Por qué no? ¿Porque lo dices tú? Oye, Pamela, lo que sea, lo que guarda la casa, es de todos hasta que uno de nosotros lo encuentre, incluyéndote a ti. Por tanto, si no te gusta esta invasión, tendrás que aguantarte como nos aguantamos nosotros. No creas que para mí y para éstos es muy agradable permanecer en esta finca, querida.

—Y más teniendo en cuenta que entre ustedes hay un asesino, ¿verdad?

Después de mis palabras se hizo un silencio que duró bastante, hasta que Delano lo rompió:

—Será mejor que rectifique, míster... «Como-Quiera-Que-Se-Llame», ¿comprende? Es decir...

—Sé lo que quiere decir, pero tenga en cuenta de que Pamela no estaba en Chicago cuando asesinaron a Florencia.

—¿No? Eso es porque lo dice usted. Ella pudo muy bien venir e irse después. ¿Qué contesta a eso?

Nos miramos como dos gallos de pelea y entonces intervino una de las muchachas.

—Creo que estás sacando las cosas de quicio aún más que lo están, Don —dijo volviéndose a continuación para encarar a Pamela—. Bien venida a tu casa, y aunque te parezca irónica la frase, nada

más lejos de mí que querer ironizar. Vamos, siéntate con nosotros. Posiblemente estarás hambrienta lo mismo que tu marido, ¿no?

No replicó, pero nos sentamos en la mesa.

Entonces les examiné.

Liz Murphy.

Dieciocho a veinte años, morena, un verdadero bombón de mujer. Seno alto, pujante, estrecha cintura y con unas piernas dignas de figurar en la portada de una revista para señoras.

Mabel Callender. Rubia y casi tan alta como pudiera serlo la propia Lorna. Joven, ya que rondaría los veintidós a veintitrés años. Hermosa cien por cien. Provocativa, sensual toda ella. De labios rojos y tan incitantes como toda su persona, llevando, lo mismo que llevaba la ausente Lorna: unos cortísimos «*shorts*» que dejaban al descubierto la casi totalidad de sus largas y bien torneadas piernas desnudas.

Una mujer muy hermosa, casi tanto o más que Pamela. Casi tanto o más que Lorna Dane y cuyos ojos no se apartaban de mi mente, desasosegándome con el embrujo de sus grandes y hermosos ojos garzos.

Don Murphy.

Alto, delgado, de pómulos hundidos, sonrisa cínica y aire de aventurero. Ojos grises, fríos. En suma, un aventurero o un «gigolo».

Joss Delano era la contrapartida, a pesar de que fue el primero que llevó la voz cantante con Pamela.

De estatura normal, grueso, de unos treinta años de edad, ya con algunas canas en las sienes, ojos azules, pero de un azul sucio oscuro, elegantemente vestido y que miraba a Liz de una forma que me hacía presumir que andaba detrás de ella.

El silencio en torno a la mesa se hacía espeso, y mirando a Pamela, intenté romperlo.

—¿Qué piensas hacer ahora, querida?

Hablé en tono bajo, pero mis palabras sonaron en todo el comedor, y al punto noté sus intensos ojos fijos en los míos, así como los de todos los demás.

—Por esta noche irme a dormir cuanto antes, querido. Estoy cansada. Mañana me pondré en contacto con el teniente Presley.

A duras penas evite el respingo que iba a dar y contesté:

—¿Para qué?

Fue primo Delano el que me dio la respuesta, adelantándose a los deseos de Pamela:

—La contestación es obvia, Lansing. Pamela viene a Chicago con un guardaespaldas que presenta como su marido y luego intenta echarnos de aquí. Eso es miedo, al mismo tiempo que ambición. Pero no conseguirá nada. No conseguirá echarnos de la quinta ni con ayuda de la policía. ¿Y sabe por qué? Por la sencilla razón de que ninguno de los que estamos aquí sabemos si llegaremos al día de mañana. Podemos morir asesinados.

Fui a decir algo, pero en aquel entonces Don Murphy le cortó, con voz salvaje:

—Cierra el pico de una vez, imbécil, y deja de decir inconveniencias. ¿Quién está hablando de morir, ni de asesinatos como no seas...?

La violenta carcajada de Delano le interrumpió sobresaltándonos a todos.

—Yo, tú y todos, Don. Las chicas también. Y Pamela. Sobre todo, Pamela. —Se puso en pie, rodeó la mesa y se nos acercó extendiendo el brazo para señalarla—. ¡Tú también, Pamela, y más que nosotros, y ya sabes por qué!

Con una calma aterradora, mientras el silencio en el comedor se hacía espeso, ella tomó el bolso que tenía a su lado y lo abrió.

Introdujo la mano dentro y todos vimos que empuñaba una pavorosa «*Parabellum*» de gran calibre.

Sus secas palabras, dichas en tono grave, sin alteración alguna, pusieron frío en todos los que la escuchábamos:

—Sé que llevas razón, primo Joss —dijo—. Pero el asesino tendrá que tener cuidado conmigo, mucho cuidado si no quiere que sea yo la que le vuele los sesos de un balazo, ¿comprendes? —Se puso en pie y añadió—: Tanto si eres tú como si no, querido.

Se apartó de la mesa, me miró ante un silencio impresionante y me preguntó, guardando ya la automática en el interior del bolso:

—¿Subes conmigo o vas a quedarte aquí por algún tiempo? Dormiremos en el piso alto, Phil. Supongo que encontraré una habitación de mi agrado.

Correspondí a su mirada sin saber si deseaba verdaderamente que la acompañara o, en su defecto, que me quedara allí con objeto de ver si averiguaba algo. Repliqué con lo que creí mejor para mí y

para ella:

—Si no te molesta, querida, subiré dentro de un rato. Me gusta estar con tus primos. Son interesantes.

No me replicó, y se fue sin replicar palabra.

Quedé solo frente a ellos, notando como los cuatro me miraban.

Me senté, aparté el plato más que mediado de comida, saqué el arrugado paquete de cigarrillos y encendí uno.

El silencio continuaba.

Hasta que me decidí a romperlo.

—¿Quién quiere charlar un poco? —dije.

Era una pregunta tonta, baladí si se quiere, pero con ella conseguí lo que deseaba: hacer saltar a Murphy.

—¿Y qué diablos le importan a usted nuestras cosas, entrometido?

Sonreí.

—Mucho. Casi tanto o más que a usted —dije—. Primero porque es usted el que está en mi casa, por mi matrimonio con Pamela. Segundo porque quizá estoy hablando con el asesino de tía Florencia, o si no es así, éste, por el mero hecho de encontrarse entre nosotros, también me está escuchando, y tercero, porque si muere Pamela, el asesino no va a adelantar nada, ya que en ese caso, no matándome a mí, la parte de ella pasaría a mi poder, según la ley, contando con que Pamela no haya testado en contra. ¿Es o no es así? Y como llevo razón, quiero a ese asesino. No lo olvide, Don.

Se puso en pie.

—¡Al cuerno! —dijo.

Salió sin volver la cabeza.

Fue entonces cuando Joss se puso en pie y se acercó a Liz, tomándola de la cintura.

—¿Te acompaño a tu habitación, querida? —preguntó.

—¡Oh, sí! Creo que voy a sufrir un ataque de nervios si me quedo más aquí.

Pero ni su voz ni su expresión eran las más indicadas para temer tal cosa.

Salieron los dos y mis ojos quedaron prendidos en los grandes y rasgados de Mabel Callender.

Ella también se levantó de la silla y pregunté:

—¿También me deja solo, *miss Callender*?

—No puedo hacer otra cosa, Phil —me replicó—. No sería conveniente por ahora. —Me dedicó una sonrisa y añadió—: Me gusta usted, querido. Por tanto, hablaré, pero no ahora. Será interesante.

—¿De tía Florencia?

—Tal vez —dijo, evasiva.

Se fue dando las buenas noches y no hice nada por detenerla.

Quedé solo.

Durante unos segundos permanecí indeciso dudando entre permanecer allí o ir a darle la lata a Pamela, pero finalmente me dejé caer sobre uno de los sillones.

Encendí un nuevo cigarrillo y miré la mesa que nadie se había preocupado en limpiar. Pensé entonces en Liz y en Joss Delano. ¿Qué había entre la pareja? Aquel ademán al prenderla por la cintura... ¿Un «*affaire*» entre él y ella?

Y Don. ¿Lo sabría él en el caso que fuera verdad lo que pensaba?

También estaba Mabel.

Una hermosa mujer. ¿Qué intentaba conmigo? ¿De qué deseaba hablarme? ¿De tía Florencia, como me había dado a entender, o había algo más?

Incapaz de contestarme a tanta pregunta, me puse en pie.

El silencio en torno era agobiante. Un papel, un algo que dijera dónde había escondidos dos millones en bonos del Estado, pagaderos al portador.

Sin saber por qué, sentí tentaciones de reír, y sin que aquel sentimiento me abandonara un solo momento, me encaminé en dirección a la biblioteca. Cierto que no sabía dónde se encontraba, pero aquello no era un inconveniente difícil de superar.

Media hora más tarde lo conseguía.

La puerta estaba entornada y, empujándola, entré.

Se encontraba sumida en una suave penumbra, ya que sólo había una pequeña luz encendida al fondo y confieso que no me llamó la atención hasta que no fue demasiado tarde.

Hasta que no oí el apagado «ploff» de una automática provista de silenciador.

Oí claramente el aullido del plomo cuando me rozó la cabeza y en el acto me lancé al suelo. Vi la sombra, desdibujada en la

semioscuridad reinante, ruido de pasos precipitados y acto seguido un portazo.

Me puse en pie y vacilé unos segundos.

Mi automática reposaba en el fondo de la maleta, y esta maleta se encontraba dentro del «Pontiac» que había alquilado en Chicago.

No obstante, corrí hacia el fondo de la biblioteca.

Una acristalada puerta me cerró el paso. Tanteé en el tirador. Estaba abierta. La crucé.

El jardín, los árboles, el enarenado camino que rodeaba la finca, las aguas azules del lago, las lejanas luces que desde allí se divisaban en la otra orilla, el pavimentado que llevaba hasta la carretera, el «Pontiac» nada más.

Retrocedí, entré de nuevo en la biblioteca y encendí todas las luces.

Miré en torno.

Nada me dijo qué es lo que estaba haciendo allí mi desconocido agresor, por lo que al cabo de un cuarto de hora apagué las luces, abandoné el espacioso salón y busqué la escalera.

Pisaba el primer escalón pensando en Mabel, Liz y los otros dos. ¿Quién había sido?

Entonces la vi.

Pero no era Mabel.

Era Pamela, que envuelta en una transparente «negligée» de nylon rosa melocotón, bajo la cual ya no había nada más como no fuera ella misma.

Las suaves y firmes redondeces superiores jugaban sueltas bajo la misma, y suspire, mientras preguntaba:

—¿Cómo has tardado tanto, Phil?

Sonreí, no deseando decir nada de la agresión sufrida y contesté:

—Estuve dando una vuelta por ahí. En la biblioteca, particularmente.

Arqueó una ceja.

—¿Por qué precisamente en la biblioteca?

—Me gustan los libros —dije—. ¿A ti no?

Me miró dubitativa.

—Sí, claro —replicó—. Y... ¿Piensas quedarte mucho tiempo aún por aquí?

Sonreí por segunda vez.

—Nada de eso, linda —dije—. Sólo quiero dormir. ¿Nos vamos?
Sin replicar, dio media vuelta y empezó a subir la escalera.
Fui detrás.

Ambos entramos en el espacioso dormitorio compuesto de una pequeña salita y el dormitorio propiamente dicho, y allí, frente a frente, nos miramos los dos, como lo que éramos, como dos desconocidos.

Finalmente, Pamela rompió el silencio:

—Encontrarás algo de beber, si lo deseas, en aquel armario, Phil.

—¿Quieres tomar algo? —pregunté.

Me sonrió.

—No —dijo—. Yo voy a acostarme.

Me adelanté, pasé por su lado, seguido por sus insondables ojos negros y entré en el dormitorio.

Cuando reaparecí frente a ella llevaba en las manos un par de mantas que coloqué en el sofá. Al hacerlo pensé en mi agresor y en la maleta.

Me volví a mirarla, sorprendiendo en sus ojos una extraña expresión.

Pregunté:

—Mi maleta continúa en el coche, ¿verdad?

—Sí, claro, querido.

—Pues enciérrate aquí y no abras hasta que sepas que soy yo el que llama, ¿comprendes?

—Pero... pero... ¿Es que vas a ir a buscarla ahora?

—Claro que sí, linda —contesté, yendo ya hacia la puerta.

Un cuarto de hora más tarde, Pamela me abrió la puerta.

Coloqué la maleta en un rincón y la abrí.

Ante los ojos un tanto asombrados de Pamela, extraje la «Magnum», puse una bala en la recámara, la coloqué sobre el sofá, tomé las mantas y me tendí en el mismo lugar, sujetando su culata con la mano derecha.

—Buenas noches, querida —dije—. Apaga la luz tan pronto como vayas a acostarte.

No me replicó, pero apagó.

CAPÍTULO VI

No podía dormir.

No iba a dormir en toda la noche.

Aquello era descabellado.

Mi matrimonio con Pamela, mis relaciones con Lorna, la agresión, el maldito testamento de una mujer que era mala o tal vez peor que mala. O una buena persona, según para quien pensara en ello, y según, también, como le fuera.

Liz, Mabel, Don y Joss.

Un infierno de hermosas piernas de mejor fachada, de odios, de celos, y de ambición.

Y Pamela y Lorna.

Un caos.

Empezaba a arrepentirme de haber aceptado aquello, a pesar de los dólares que pagaba Pamela por mi protección, dólares que tal vez no llegara a cobrar nunca.

Y un papel.

U otra cosa cualquiera.

Dos millones en bonos del Estado. Una locura. Algo jamás visto. Una licencia para usar armas y otra para ejercer como detective privado que allí, en Chicago, no iba a servirme para nada.

¿Cómo era el teniente Lajos Presley? ¿Hasta qué punto me serviría la tarjeta que para él me había dado el notario Buchanan?

No lo sabía, y quizá no tuviera ocasión de saberlo nunca.

Llegaba a esta conclusión cuando me pareció oír un rumor que no era natural según mis propios pensamientos, si me entienden ustedes.

¿Pasos?

Me tensé sobre el sofá apretando la culata de la «Magnum». Los

segundos, minutos tal vez, empezaron a pasar lentos y desesperantes. El rumor se acentuó. Sí, eran pasos; no me había equivocado.

Saqué la automática de debajo de las mantas y clavé los ojos en el lugar donde debía estar la puerta que daba acceso al dormitorio.

Escuché.

El rumor ya no se oía.

Relajé los músculos, y fue entonces cuando oí el rechinar de los goznes de la puerta.

Levanté la automática y disparé.

Los tres estampidos de la «Magnum» me ensordecieron. Detrás mío oí gritar a Pamela mientras saltaba del sofá al suelo llevando la pistola en la mano.

Llegaba al umbral cuando las luces me cegaron. Pamela, la asustada Pamela, las había encendido y durante unos segundos me vi cegado por ellas. Cuando me acostumbré, ya era demasiado tarde.

Lo comprendí apenas salí al pasillo.

Éste se encontraba desierto en ambos sentidos y ni el más leve rumor se oía en toda la quinta, pero yo sabía que el asesino estaba allí, al acecho, en cualquier rincón de la misma, dispuesto a eliminarme.

Ahora era yo su principal objetivo, tal vez por las imprudentes palabras que pronuncié en el comedor. Muriendo yo primero, quedaba Pamela. Muerta ella... ¡Diablos, era un buen bocado!

A mi espalda oí su voz que tuvo la virtud de cortar en seco el hilo de mis pensamientos.

—Phil, ¿qué ha ocurrido? ¿Por qué has disparado?

Me volví y entré en el dormitorio.

La enfrenté.

—No podía dormir —confesé—. Me puse nervioso y creí oír un ruido. Luego me pareció que alguien abría la puerta, me precipité y disparé. Perdona si te asusté.

Estaba mintiendo como un bellaco, ya que no es que lo había creído, sino que estaba seguro de ello, de que no había sido ilusión, de mis sentidos como le estaba dando a entender.

Ella abrió la boca para hablar, pero no pudo hacerlo.

En aquel momento la puerta se abrió con alguna violencia y

repentinamente me vi frente a Liz, Don y Joss.

Los dos en pijama.

Ella...

Bueno, era mejor no pensar. Callar, no mirarla, ya que Pamela estaba delante, y nada más.

Gasas de nylon completamente transparentes, y todo lo demás, pero de Liz, claro.

Joss fue el que rompió el silencio, mientras que todos nos mirábamos, los unos a los otros, como si no nos hubiéramos visto nunca, lo que así era en realidad.

—¿Qué ha ocurrido aquí, Pamela? ¿Quién disparó?

No le di tiempo a que contestara, y repliqué:

—Lo hice yo.

—¿Sí? —intervino Don—. ¿Quiere decimos contra quién?

Me llevé la mano a la cabeza en un gesto que muy bien se pudo confundir como automático, y contesté:

—No lo sé. No podía dormir y me puse nervioso. Tal vez fue una alucinación, pero el caso es que me pareció que la puerta de este dormitorio se abría. Salté del sofá e hice fuego hacia la puerta. —Extendí el brazo y señalé los tres impactos de las balas—. Vean, ahí dieron los balazos.

Me miraron en silencio y fue la bella y provocativa Liz la que rompió el silencio.

—Creo, míster Lansing —dijo—, que si continuamos mucho tiempo aquí, todos vamos a padecer de manía persecutoria.

Pero yo sabía que, a pesar de lo que decía, ella, igual que todos, estaba pensando en lo contrario.

Fui a replicar y entonces Pamela puso el dedo en la llaga cuando preguntó, en forma repentina:

—¿Dónde está Mabel?

Fue Liz la que dio la respuesta, después de mirar a su hermano y a Joss:

—Ésa... Bueno, Pamela, Mabel tiene el sueño tan pesado que no me extrañaría nada el que no hubiera oído el ruido de los disparos.

No di tiempo a que nadie contestara a sus palabras, e indiqué:

—¿Quiere hacer el favor de mirar a ver si está en su dormitorio, miss Murphy?

Me dedicó una sonrisa que puso en mi nuca un escalofrío y

contestó:

—Correcto, míster Lansing. Ahora mismo.

Salió y quedamos en silencio mirándonos los unos a los otros, estudiándonos mutuamente, incapaces de pronunciar una sola palabra.

Nunca supe cuánto tiempo duró aquel silencio. Sólo que, repentinamente, Liz apareció frente a nosotros, me encaró, y dijo:

—Mabel no está en su dormitorio, míster Lansing... La cama no ha sido tocada.

Sin saber por qué, recordé las palabras que me dijo. Ella deseaba hablar conmigo de Florencia Callender... Quería hablar conmigo. Fue la única que se quedó a solas en el comedor. Unos cuantos segundos y ahora...

Don cortó el hilo de mis pensamientos.

—¡Qué diablos...! —exclamó.

Dio media vuelta y avanzó hacia el pasillo.

Le tomé de un brazo mucho antes de que lograra adelantar un par de pasos y me miró con gesto agresivo.

Me preparé para atizarle y dije:

—Voy a ir a buscarla, míster Murphy. ¿Comprende?

—No. De ningún modo. ¿Por qué usted?

—Se lo diré más tarde. Y ahora, si no quiere tener un disgusto, usted y los que me escuchan, será mejor que se queden aquí haciendo compañía a Pamela. Por lo menos, hasta que yo vuelva.

—Pero ¿quién diablos es usted para...?

Atajé a Joss con un gesto y añadí:

—Después. Dentro de unos minutos. Ahora, primero es *miss* Callender.

Salí sin esperar respuesta.

Tardé poco en encontrarla.

En la biblioteca.

Caída sobre la espesa alfombra, con la transparente «negligée» completamente desgarrada, sin que debajo de la misma hubiera nada más.

Una hermosura de mujer joven.

Que ahora ya no lo era tanto porque estaba muerta. Con un balazo en medio de la frente, con los ojos espantosamente abiertos fijos, muy fijos en el techo. Intenté cerrárselos, pero no pudo.

Sintiendo náuseas, me aparté de allí, tomé la llave de la biblioteca y cerré la puerta, no sin antes haberlo hecho con la acristalada que daba acceso al jardín.

La guardé en mi bolsillo y fui iluminando toda la quinta a medida que me iba acercando a la escalera.

Cinco minutos más tarde me mostraba frente a los cuatro.

Les miré uno a uno, sin pronunciar palabra.

Fue Pamela la que primero rompió el silencio.

—¿Y Mabel? ¿La has encontrado?

La miré de pies a cabeza. Ofuscaba mis ideas con aquella transparente mosquitera, por lo que aparté mis ojos y contesté:

—Será mejor que te vistas y bajes al comedor, querida. —Miré a los tres restantes, incluyendo a Liz, y añadí—: Vosotros también. Os espero allí.

—¿Qué diablos...?

Miré a Delano con ganas de partirle el alma. Ciertamente que ni él ni yo teníamos la culpa de que no me fuera simpático, pero mi deseo era aquél y basta.

—Nada de diablos, Joss —atajé fríamente—. Usted, conjuntamente con los demás, incluyendo a mi esposa, van a ir abajo, al comedor.

—¿Por qué?

La pregunta sonó espesa entre los apretados dientes de Don Murphy.

—Por la sencilla razón de que voy a telefonear al teniente Presley, del Departamento de Homicidios, Don.

—¿Qué... qué es lo que ha ocurrido, míster Lan...?

La palidez de Liz era horrible cuando formuló la pregunta, que no contesté.

Me limité a dar media vuelta e ir hacia la puerta. Bajo el marco de la misma me volví y dije, encarando a Pamela:

—Date prisa, linda.

Busqué un teléfono.

No lo encontré hasta que no recordé que en el comedor, precisamente en el comedor, había visto uno no hacía muchas horas.

Por tanto, fui yo el primero que entré allí llevando en la funda de la axila la pesada y mortífera «Magnum». Como ya había

pensado en varias ocasiones, no tenía licencia para usarla en Chicago, pero ni por el diablo iba a dejar que alguien, un loco y ambicioso asesino, me baleara impunemente como había hecho con Mabel.

—¡Pobre y hermosa Mabel! —mascullé entre dientes unos segundos antes de levantar el auricular para empezar a marcar—. ¿Qué es lo que ibas a decirme, preciosa?

Como cosa lógica, nadie me contestó a aquello.

Ni yo mismo pude hacerlo.

—Departamento de Homicidios. ¿Dígame?

—Me llamo Phil Lansing y deseo hablar con el teniente Presley. Trate de localizarlo, por...

—Yo soy Presley. ¿Qué se le ofrece?

Dejé transcurrir unos segundos de silencio y contesté:

—Deseo denunciar un asesinato.

—¿Qué? Diga, ¿está bromeando?

—Ojalá fuera así, teniente —repliqué—. Soy el esposo de Pamela Hendrix. Una de las herederas de Florencia Callender, y le telefono desde la quinta que ella tiene a orillas del Michigan. Han matado de un tiro en la cabeza a Mabel Callender, quizá no haga ni una hora.

Ahora fue Presley el que guardó silencio durante unos cuantos minutos.

—¿Dónde están los demás? —preguntó al cabo de los mismos.

—En el comedor con mi esposa, teniente. Les metí allí apenas descubrí el cadáver.

Aquello no era verdad del todo, porque ellos aún no habían llegado, pero no importaba.

—Correcto, míster Lansing. Dijo que se llamaba así, ¿verdad?

—Seguro.

—Bien, que no se mueva nadie de ahí hasta que yo llegue. Le ruego que lo comunique a *miss* y míster Murphy, así como a míster Delano.

—Lo haré, teniente.

Cortó, deposité el auricular sobre la horquilla y al volverme me tropecé con los ojos intensamente negros de Pamela, que se me acercó al instante con el semblante intensamente pálido.

—¿Dónde la encontraste, Phil? —preguntó.

—En la biblioteca, y allí está todavía.

—Acabas de telefonear, ¿verdad?

—Sí. Y no creo que tarden mucho en venir. —Hice una ligera pausa y pregunté antes de que ella pudiera formular una nueva pregunta—: Y los otros, ¿no van a bajar?

—Confieso que no lo sé, Phil.

Fui a replicar, pero ya no hacía falta.

Liz, mostrando la innegable y asombrosa belleza de sus piernas desnudas, debido a los «*shorts*», acababa de aparecer en la puerta.

Se dejó caer en uno de los sillones, se extendió frente a ella, miró a Pamela, luego a mí, y pidió:

—¿Podría prepararme algo para beber, querido?

Pamela frunció el ceño ante el apelativo, pero no dijo nada, por lo que me acerqué al frigorífico donde preparé tres *whiskies*.

Me volví llevando dos en las manos cuando entraron Joss y Don.

Fue el segundo el que preguntó apenas verme:

—¿Quiere decirme dónde está Mabel? ¿Quiere decirme también qué significa esto?

Me volví cara al frigorífico y tomé mi vaso después de haberle dado uno a Pamela y otro a Liz.

Con él en la mano, giré en sentido inverso y le encaré.

—Mabel ya no vendrá más, Don. Está muerta. Alguien le voló la cabeza de un tiro cuando se encontraba en la biblioteca.

Hubo unos segundos de silencio mientras yo examinaba atentamente los impasibles rostros que tenía frente a mí, y entonces surgió la pregunta, pero fue en boca de Joss:

—¿Qué diablos hacía Mabel en la biblioteca, míster Lansing? ¿Lo sabe usted?

—Tal vez buscaba algo, ¿no?

Todos nos volvimos a mirar a Liz que con el rostro más inocente del mundo nos contemplaba también luego de haber pronunciado aquellas palabras.

Tomé la ocasión por los pelos como vulgarmente se dice:

—Sí, quizá. Usted, *miss* Murphy, ¿no sabe lo que era?

Arqueó una de sus bellas cejas y me miró.

No sé cómo pudo hacerlo, pero sonrió unos segundos antes de llevarse el vaso a los labios, sin dejar de mirarme por encima del borde del cristal.

Al terminar de beber, contestó:

—No. ¿Y usted, Phil?

No repliqué.

Bebí también.

Terminaba cuando oí la voz de Joss:

—¿Telefoné a la policía?

—Sí.

Me miró dubitativo.

—¿Qué espera conseguir con eso?

—Tal vez encontrar al asesino. Ahora, con la muerte de Mabel, las posibilidades se limitan, ¿no?

Se había sentado, pero se puso en pie y se me acercó tanto que hasta mí llegó su aliento.

—¿Me está acusando a mí?

—No. Aún no. Eso lo dejo para la policía, si verdaderamente tiene motivos para ello.

—¿Motivos? Sí, claro, los tendrá, los tiene, para investigar. Y no olvide una cosa, Phil Lansing. Voy a hacer que el teniente Presley investigue cuáles han sido los pasos de mi prima Pamela desde antes de la muerte de tía Florencia hasta el momento en que se presentó aquí con usted, casada según dijo.

No pude replicar.

El repentino sonido de las sirenas de la policía interrumpió mis deseos.

CAPÍTULO VII

Nos miramos en silencio.

Pamela hizo un movimiento que interpreté debidamente y la atajé con un gesto.

—Iré yo, querida —dije.

Solté el vaso sobre el frigorífico y me encaminé hacia la puerta, cuando ya el timbre de la misma empozaba a sonar de manera perentoria e insistente.

Crucé el iluminado vestíbulo y la abrí.

Eran ocho hombres vestidos de uniforme y otro de paisano.

Alto, fuerte, de cuello de toro, ojos ágata, brillantes y profundos, boca algo grande, de labios incoloros y delgados, y en conjunto, rostro tan duro como el de un halcón.

No me dio tiempo a más, ya que preguntó:

—Míster Lansing, ¿verdad?

—Sí.

—Soy el teniente Presley. Usted dijo... Bueno, ¿dónde está el cadáver?

—En la biblioteca. Vengan conmigo —contesté.

Me aparté de la puerta para dejarles pasar y acto seguido me precedieron hasta la que daba acceso a la biblioteca.

—¿La cerró usted?

—Sí.

Extraje la llave del bolsillo y abrí. Tanteé el marco buscando el interruptor de la luz y la encendí.

Pasaron cuando me hice a un lado, y durante unos minutos no vi nada más que al personal de huellas digitales yendo de un lado para otro, y los diferentes fogonazos del *flash* cuando empezaron a tomar fotografías.

Luego salieron y ya no quedamos dentro de la biblioteca nada más que el teniente y yo.

Casi al instante me formuló la primera pregunta:

—¿Toco algo, míster Lansing?

—No. Nada. Simplemente intenté cerrar sus ojos, pero no pude.

—¿A qué hora descubrió el cadáver?

Me encogí de hombros.

—Confieso que no lo sé. Si usted miró la hora cuando le telefoneé, tiene más posibilidades de saberla que...

—Usted dijo que era muy posible que *miss* Callender hubiera muerto hacía una hora. ¿Por qué?

Empecé a explicarle todo lo que había ocurrido desde que llegamos a la quinta, pero callé, como cosa lógica, cuáles eran mis relaciones con Pamela y qué es lo que había motivado nuestro matrimonio.

Terminé diciendo:

—Usted conoce como yo el testamento de *miss* Florencia Callender, ¿verdad?

—Sí. Lo leyeron en la encuesta que se celebró a raíz de su muerte. ¿Por qué?

—Es sencillo, teniente. Yo fui atacado por una persona que buscaba algo aquí mismo. Tal vez entre los libros de una de estas estanterías. Huyó como le dije. Luego, cuando me fui a acostar, *miss* Mabel pudo venir aquí, siendo sorprendida por la vuelta del asesino. Es lo más lógico, ¿no?

Estuvo conforme en un todo, y entonces pregunté:

—¿Puede decirme cuál fue el veredicto de la encuesta? ¿Suicidio o asesinato?

—Asesinato, míster Lansing —hizo una ligera pausa y añadió—: ¿Quiere llevarme al comedor?

Asentí en silencio y salimos.

Fuera me dijo:

—Cierre la puerta con llave, míster Lansing. No tardará en venir la ambulancia a por ella, y no deseo que nadie vuelva a entrar aquí, hasta después de que yo haya dado un vistazo por mi cuenta.

Lo hice y nos fuimos.

Frente a la puerta del comedor sufrí la primera sorpresa.

—Quédese aquí, míster Lansing —me dijo, fríamente.

Intenté una protesta:

—Pero...

—Le ruego que se quede aquí, ¿comprende?

No contesté.

Me aparté a un lado y le seguí con los ojos hasta que le abrió. Entonces le llamé.

—Un momento, teniente.

Se volvió a mirarme.

—¿Ha recordado algo más?

—Sí. Importante para mí. Encima del frigorífico tengo un vaso más que mediano de *whisky*. ¿Sería tan amable, ya que no me deja presenciar el interrogatorio, de mandar a alguien que me lo traiga? No hay criados en la casa, ¿comprende?

No replicó, pero sus ojos se helaron y me congratulé de ello.

A continuación desapareció de mi vista y entonces busqué un lugar donde sentarme. Lo hice, y apenas hacerlo, vi aparecer delante de mí a Pamela, llevando dos vasos de *whisky* en las manos.

El suyo y el mío.

Habló antes de que yo pudiera preguntar:

—Ese teniente... Me dijo que saliera fuera.

—A mí también. Es decir, no permitió que entrara con él.

Pamela soltó una risita que me sonó a hueco y bebió un poco.

Se sentó a mi lado y presunto:

—Eso nos descarta a nosotros, ¿no?

—Tú y yo estamos descartados, linda —dije.

—¿Tú crees?

Me sobresalté.

—¿Qué diablos quieres decir?

—¡Oh! Me estoy refiriendo a las palabras de Joss y Don. Yo también pude cometer el asesinato. Por lo menos el primero, ¿no?

—Correcto —repliqué—. Pudiste hacerlo, pero no el segundo, linda. Estábamos juntos. ¿O lo has olvidado?

—Y no lo olvido. Phil. Pero tú sí parece olvidar la ley. Esa que dice que un marido no puede declarar en contra de su mujer, o viceversa.

La miré atentamente.

—Confieso que no te entiendo, linda.

—¡Pero si es sencillo, querido! —exclamó—. Si el teniente se

pone pesado y le da por no creer en nuestras explicaciones, cuando nos pregunte, que lo hará tan pronto como acabe con ellos, le vamos a pasar mal.

Callé, pero mentalmente le di la razón.

Y más si se tiene en cuenta que nuestro matrimonio no era como debía ser. Si esto se sabía, Pamela y yo podíamos habernos puesto de acuerdo para quedarnos con toda la herencia, de mucho antes de haber asesinado a la vieja Florencia.

Por lo menos, esto es lo que creería el teniente Presley, y con él todos cuantos se enteraran de la historia.

—¿En qué piensas, cielo? En lo que te he dicho, ¿verdad?

Pamela, con su socarrona sonrisa, cortó el hilo de mis pensamientos.

Tampoco contesté, por lo que, frunciendo el ceño, calló a su vez limitándose a beber sin pronunciar una sola palabra más.

No sé cuánto tiempo permanecemos así hasta que de un modo repentino nos sobresaltó el ruido de la sirena. Pero ahora era la de la ambulancia que iba a llevarse el cadáver de la pobre Mabel.

Me puse en pie y tomé el brazo de Pamela.

—Salgamos de aquí, linda —dije—. No creo que sea un espectáculo muy agradable el ver cómo se la llevan.

Tiré de ella que me siguió dócilmente y ambos nos adentramos en el interior de la casa, y ya no volvimos a los alrededores del comedor hasta que aquella misma sirena nos anunció que Mabel acababa de desaparecer de nuestro lado de una vez para siempre.

Presley nos estaba esperando.

Su expresión, al vernos, no cambió, pero sin saber por qué intuí que aquella escapada no le había gustado ni poco ni mucho.

No me preocupó, por el momento.

—¿Dónde podemos hablar sin ser interrumpidos?

La biblioteca era un buen lugar, pero me resistí a decírselo.

—No conozco muy bien esta casa, teniente —contesté—. Propongo el comedor, si es que los otros no están allí.

—No, no están. ¿Vienen?

Fuimos tras él, pero se apartó de la puerta para dejar pasar primero a Pamela.

Nos miramos fijamente, sin pronunciar palabra, hasta que Pamela se sentó cabalgando una pierna sobre la otra.

Un espectáculo fascinante tanto para mí como para el teniente, pero fue precisamente él quien lo cortó cuando preguntó:

—¿Dónde fueron ustedes, míster Lansing?

Arqueeé una ceja.

—A ninguna parte, teniente. Simplemente nos apartamos de aquí, ya que no quise darle a mi esposa el espectáculo de que viera cómo sacaban a *miss* Mabel para la Morgue.

Presley permaneció pensativo durante unos segundos, y al fin dijo, sobresaltándose:

—Usted es detective privado, ¿no?

—Sí.

—¿Sabe que no puede ejercer en Chicago, verdad?

—Correcto, teniente. ¿Quién se lo dijo?

Sonrió, pero su sonrisa no me gustó ni poco ni mucho.

—Las preguntas, por el momento, voy a hacerlas yo, si le parece, míster Lansing —replicó, para acto seguido formular otra—: ¿Qué motivó el que se casara con *miss* Hendrix?

—¡Cuernos! —estallé al ver fijos en mí los burlones ojos de Pamela—. ¿Usted no se ha enamorado nunca, teniente?

Hizo un gesto indefinible y repentinamente disparó:

—Voy a rogarles una cosa a los dos, míster Lansing. Y es que no abandonen Chicago bajo ningún concepto hasta nueva orden, ¿comprende?

—¡Diablos, teniente! —ironicé—. ¿Es que sospecha de nosotros?

—Aún no lo sé —fue su consoladora respuesta.

—Si no se explica mejor...

—Nada tengo que explicar. No se muevan de aquí, y todo irá como una seda. ¡Ah! Mañana, es decir, hoy, sobre las dos o las tres de la tarde, le espero en el precinto. Quiero hablar con usted.

—¿Por qué no lo hace ahora?

Me miró suspicaz:

—Por la sencilla razón de que antes tengo que averiguar algo, pesquisa.

—¿Sí? ¿Y qué es ello, teniente?

Me volví a mirar a Pamela.

Se había recostado contra el respaldo del sillón y llevaba la falda a medio muslo, mostrando el nylon de sus medias de un modo que causaba... o iba a causar un cataclismo.

—Simplemente una cosa, *mistress* Lansing —le replicó—. Quiero saber los motivos que han tenido ustedes dos para casarse. Cuando los sepa, hablaremos.

—¿Los motivos? —replicó ella—. Bueno, eso también se lo puedo decir yo sin necesidad de que se rompa la cabeza.

—Dígamelos, *mistress* Lansing, pero la verdad.

Pamela sonrió.

Y confieso que no entendí su sonrisa hasta que no replicó:

—Eso, teniente, es algo que a la policía no le importa ni poco ni mucho, ya que son cosas privadas. Ni a la policía, ni particularmente a usted, ¿comprende?

—Correcto, *mistress* Lansing —contestó—. Ahora, buenos días.

Dio media vuelta y avanzó hacia la puerta. Bajo el marco de la misma se volvió para mirarnos y repitió, encarándose conmigo:

—Le espero dentro de unas horas, míster Lansing. No falte.

No repliqué, pero le acompañé hasta la calle, percatándome de que, a pesar de lo que dijo, no miró la biblioteca.

Cuando salió, cerré a su espalda y me volví a mirar a Pamela, que estaba inmediatamente detrás mío.

—¿Nos vamos a dormir? —pregunté.

—Sí, creo que será lo mejor.

Subimos a la habitación, y con la llegada del sol, hizo su aparición Lorna y el «Ferrari».

Me encontraba asomado a la ventana cuando la vi aparecer a gran velocidad por el pavimentado camino que iba desde la carretera a la quinta, y casi en el acto se encontró allí, despidiendo la grava a todos lados cuando el coche entró en ella para frenar en seco frente a la puerta.

Vi su larga pierna en el momento que empezó a descender del automóvil. Luego quedó en pie, frente a los escalones del porche, lo mismo que una bella estatua griega.

Sencillamente me cortó el resuello, desde la blonda cabellera hasta la puntera de sus zapatos de alto tacón.

Repentinamente, mis ideas y mi observación la cortó las palabras de Joss Delano:

—¿Quién es usted? ¿Qué ha venido a hacer aquí?

Ella ladeó la cabeza, avanzó unos pasos y se detuvo al pie mismo del primer escalón de mármol, y contestó:

—A pasar unos días. Es una bonita quinta. Además llevo un bikini y el lago está cerca, ¿verdad? Desde aquí lo veo.

Delano avanzó unos pasos y entonces le vi.

—Creo que eso no podrá ser, *miss*...

—Lorna Dane, querido. Ahora, ¿quiere decirme por qué?

Hubo una larga pausa y éste añadió:

—Será mejor que vuelva al roche y se largue, *miss* Dane. No nos gustan los curiosos en la quinta.

—¿No?

—No.

Vi la sonrisa de Lorna y me preparé.

No me equivoqué, ya que su respuesta llegó como una centella:

—¿Es usted el dueño de la quinta?

—Sí, y les advierto que no deseo visitas. Por tanto, le ruego que...

—Eso ya lo dijo antes, *míster*...

—Delano. Joss Delano.

—Pues escuche, *míster* Delano... —La voz de la rubia Lorna era en extremo burlona—. Usted es tan dueño de esta quinta como yo. Me entiende, ¿verdad? Pues siendo así, haga el favor de apartarse y dejarme pasar. Como le dije, me llamo Lorna Dane y soy secretaria particular de la propietaria. Este «Ferrari» rojo es propiedad de ella. De *mistress* Lansing.

Empezó a subir los escalones, y Delano se apartó a un lado, mirándola.

La voz de Pamela, viniendo de mi espalda, me sobresaltó:

—Sube directamente al piso alto, querida.

No quité las mantas del sofá, y apenas entró vi la burla en sus magníficos ojos verdes. Besó a Pamela como si no la hubiera visto nunca y luego me tendió la mano.

Nos saludamos casi sin pronunciar palabra y abandoné el dormitorio dejándolas solas.

Deambulé de un lado para otro durante dos o tres horas y luego regresé a la quinta.

Liz, con las piernas desnudas y cruzadas la una sobre la otra se encontraba sentada en el porche, sobre un cómodo sillón de mimbre, teniendo a su lado una mesita y un alto vaso con *whisky*.

Estaba un poco pálida, pero me sonrió.

—Hola, míster Lansing —dijo—. ¿Cómo van esas investigaciones?

Me sorprendió.

—¿Quién le ha dicho que yo investigo algo, linda?

Su sonrisa se amplió.

—Ese policía lo dijo. ¿Mintió, acaso?

Le devolví la sonrisa.

—Creo que debo darle las gracias, querida —dije.

—¿Por qué?

—Porque al nombrarme a míster Presley me ha recordado que tengo que ir a verle. Perdona, Liz, hablaremos más tarde.

Entré en la quinta, y no tuve que ir muy lejos.

Lorna y Pamela se encontraban juntas, en el vestíbulo, sentadas en torno a una mesa, bebiendo también.

Me acerqué y ambas me miraron sonriendo.

Y no me gustó, palabra. Me daba la impresión de que se estaban burlando de mí.

—Siéntese a nuestro lado, míster Lansing.

—¡Oh, no! —intervino Pamela—. Phil tiene que irse a Chicago. Apuesto a que ha venido a decírnoslo, ¿verdad?

—Seguro que vine a eso —contesté—. ¿Puedo usar tu auto, Pamela?

—Claro que sí. Es más rápido que el «Pontiac». —Me miró y añadió—: Procura venir pronto. No quisiera quedarme sola cuando oscureciera.

Le dije que así lo haría, di media vuelta y me encaminé hacia la puerta.

Llegaba a la misma cuando Lorna me llamó:

—Si no le importa le acompañaré, míster Lansing —dijo.

Me volví asombrado y vi la fugaz sonrisa de Pamela.

Estuve a punto de maldecir. Aquellas dos se estaban burlando de mí. Aquello era obvio. ¿Por qué?

Me formulaba esta pregunta cuando ella añadió:

—Dejé mi equipaje en el hotel y tengo que ir a buscarlo. ¿O acaso lo tomaste tú, Pamela?

—No, querida. No lo hice. Se me olvidó.

Salimos juntos.

Lorna empuñó el volante y yo me coloqué a su lado.

Embragó y dijo tan pronto como alcanzamos la carretera:

—Luego te pediré un beso, ladrón, pero ahora quiero que hablemos de otra cosa.

—¿Es sólo por eso por lo que has inventado la historia del equipaje? —pregunté.

—Claro. ¿Es que te parece poco?

Me parecía incluso demasiado, pero no se lo dije.

Por tanto, opté por callar.

Entonces continuó:

—Pamela me dijo que anoche mataron a una muchacha llamada Mabel, Phil.

—Sí. Así fue.

—¿Cómo ocurrió?

—¿No te lo contó ella?

—Sí. Pero quiero oírtelo explicar a ti.

Lo hice.

Se lo conté todo, tal vez deseando inconscientemente una ayuda que me apartara de la batalla que mi mente libraba con aquellas ideas. ¡Dios! Dos millones de bonos en papel del Estado y al portador.

¡Cualquiera mataría para obtenerlos!

—¿Has descubierto algo?

¿Posibilidades? ¿Sospechas? De todo un poco.

La miré largamente y contesté:

—Nada, linda. Cualquiera pudo hacerlo. Incluso Pamela.

Vi, ya que la estaba mirando, cómo desorbitaba los ojos:

—¿Pamela? Tú estás loco, querido. ¿Cómo pudo hacerlo, según tú?

Le expliqué lo que me había dicho el teniente Presley, y Lorna contestó:

—Ese tipo está loco, y tú, amor, también, si es que piensas como él —hizo una pausa y preguntó—: ¿Qué me dices de Liz?

—¿Por qué Liz precisamente?

—No lo sé. Pero esa muchacha no me agrada, demasiado tranquila para mi gusto, después de lo que ha ocurrido en la quinta.

—Tan tranquila como lo están Don y Joss, preciosa —indiqué—. Ellos tampoco se estremecen ni ante la presencia de la muerte, ni la del teniente de policía. Ningún asesino lo hace.

Me lanzó una fugaz mirada a través del espejo retrovisor y ya con los ojos fijos en la carretera, preguntó:

—Entonces no tienes una idea concreta, ¿verdad?

—No, no la tengo. Tan sólo conjeturas. Si por lo me nos pudiéramos saber dónde tía Florencia escondió lo que fuera y ponerlo en cualquier lugar como cebo para el asesino, habríamos adelantado algo, ¿no?

Dijo que sí y callamos hasta llegar a Chicago.

Lorna rompió el silencio cuando dijo repentinamente:

—Indícame el camino, Phil. No sé dónde se encuentra el precinto de ese teniente.

Lo hice así y ya no hablamos hasta que aparcó el «Ferrari» frente a la puerta.

Bajé del coche y enfrente a uno de los agentes de uniforme.

—El teniente Presley me está esperando. ¿Puedo pa...?

—¿Quién es usted?

—Phil Lansing. Ése es mi nombre.

Me miró con inusitado interés y luego encaró a uno de sus compañeros.

—Tú, Alf —dijo—. Acompaña a míster Lansing con el teniente Presley.

Me hizo una seña y entré en el tétrico y gris edificio del precinto.

Tres minutos más tarde, Presley me recibía.

No me saludó, no se levantó al verme entrar, no me indicó que me sentara, pero lo hice yo, frente a él. Extraje el paquete de cigarrillos y encendí uno.

Empecé a fumar en silencio, en espera de que dijera algo.

Lo hizo al cabo de uno o dos minutos, y con una pregunta:

—¿No tiene nada que decirme?

Sonreí.

—Nada, polizonte —repliqué—. Si mal no recuerdo, fue usted el que me citó aquí. Por tanto, es el que tiene que explicarse, ¿no?

Frunció el ceño.

Al parecer, no le gustaba que le llamaran polizonte.

—Correcto. Usted gana, Lansing —contestó—. Le lié llamado para que me hable de usted.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que aún no sé la verdad sobre su matrimonio con *miss* Pamela Hendrix Callender, ¿comprende?

—Si no se explica con más claridad, debo decirle que no.

Arqueó una ceja y se puso en pie.

No me moví.

Rodeó la mesa y se plantó frente a mí llevando las manos a la espalda.

—Verá... —dijo fríamente—. Yo veo las cosas así... Una mujer llamada Pamela Hendrix recibe noticias por mediación de un notario de Chicago de que una tía suya, hermana de su madre, ha muerto asesinada y que ella, conjuntamente con unos cuantos familiares más, son herederos directos de la misma. Tiene que venir a Chicago, y tiene miedo. ¿Sola? No, de ningún modo, no se atreve. Entonces, ¿qué hacer? Cavila bastante hasta que ve la solución, o lo que cree que será una solución para ella. Contratar a un agente privado para que la acompañe como marido suyo hasta...

—Si se refiere concretamente a mi mujer y a mí —interrumpí—, debo decirle que estamos casados. Pamela tiene en su poder el certificado matrimonial, teniente.

—Lo sé. Y haga el favor de esperar, Lansing, que aún no he terminado. Ella viene a Chicago casada con el agente por varias razones. Una, tal vez la principal, es que tiene miedo y desea ser protegida. Forma de que no hablen los demás, es ésta, ya que, como marido suyo, él puede entrar y salir de su dormitorio cada vez que le acomode. Otra razón es que es un investigador de bastante fama en Nueva York, y espera que sea él quien encuentre un papel, o lo que sea, que le indique el lugar donde una vieja maniática escondió dos millones de dólares en papel del Estado, al mismo tiempo que por ella haga lo posible por descubrir el asesino.

—¡A que ahora resulta que ya no sospecha de nosotros, teniente! —ironicé.

Me dejó frío cuando contestó:

—Ésa es sólo una versión de lo que pudo haber pasado en Nueva York, Lansing. La otra, por el momento, me la guardó para mí.

—¿Qué quiere decir?

—Muy poco, Lansing. Primero, usted no puede ejercer en esta ciudad. Segundo, no puede usar arma alguna, y yo no voy a darle una licencia provisional y ni mucho menos, ¿comprende? Por tanto,

le ruego que no meta las narices en esto. Es cuenta de la policía y nada más.

Pensé en la tarjeta que me diera el notario, pero no dije nada.

—¿Algo más, teniente? —Fue lo que pregunté.

—Sí. Aún hay más. Repetirle de nuevo lo que ya le dije. No abandone Chicago sin antes...

Me puse en pie y se interrumpió:

—Escuche, teniente —repliqué, fríamente—. Voy a largarme de Chicago cuando me venga en gana, y usted no me lo va a impedir, ¿entiende? Acúseme de algo en concreto, y ya veré la forma de rebatirlo, si puedo. Y otra cosa, voy a meter las narices en el asunto, con o sin licencia. Pamela Hendrix es mi esposa y dentro de su quinta hay un maniático asesino. No voy a dejar que me la maten porque a usted, en particular, no le gusten los policías privados.

La silenciosa risa del teniente Presley me interrumpió:

—¿Cuánto le paga *mistress* Lansing para que le saque las castañas del fuego? —preguntó, burlonamente.

—¿Por qué habría de pagarme algo?

—Escuche, Lansing, sé que duermen separados. Eso ni usted ni ella lo pueden negar. Ahora bien, yo quiero saber qué se proponen entre los dos. ¿Quedarse con toda la herencia?

Respiré hondo.

—Creo, teniente, que es una acusación demasiado fuerte para poderla sostener sin pruebas. ¿O no es así?

No me replicó, de momento.

Cuando lo hizo me sobresalté, recordando las palabras que Pamela sostuvo conmigo:

—Las estoy buscando. Aquí y en Nueva York. Y le repito por última vez que no se mueva de Chicago. Si lo hace, pediré a Nueva York su extradición y tendrá que regresar de un modo que no va a gustarle mucho. Usted decide, Lansing.

No repliqué.

Di media vuelta y me acerqué a la puerta.

Me interrumpió.

—Un momento, Lansing, que aún no he terminado.

Me volví sin soltar el tirador de la misma.

—¿No? Pues yo sí, teniente. Si no va a detenerme, guarde sus consejos, quizá para usted mismo, por si para más tarde le hacen

falta.

Salí sin más, y nadie trató de impedirme el paso.

Vi la sonrisa que Lorna me dedicó cuando me coloqué junto a ella, y mientras ella embagaba, oí su pregunta:

—¿Cómo te fue, viejo?

La miré de través.

—Regular. Al parecer, ese torrente tiene la idea de que Pamela y yo nos casamos con el solo objeto de entre los dos liquidar a toda la familia y quedarnos con la herencia.

Soltó la carcajada y me enfurecí.

CAPÍTULO VIII

Se ve que se dio cuenta de ello, ya que añadió:

—Pues estás fresco, Phil, querido. Chicago tiene una preciosa cámara de gas para los asesinos.

Maldije entre dientes y volvió a reír.

No repliqué.

Pensaba.

Como siempre, en Liz, en Don y en Joss.

¿Cuál de ellos?

No lo sabía, no tenía ni la más ligera idea y lo que era peor, es que tal vez no la tuviera nunca.

Alcanzamos la carretera en el más completo silencio, como si ambos hubiéramos terminado todo motivo de conversación.

Pero no fue así, por parte de Lorna, que preguntó una milla más adelante:

—¿Por qué no registras la quinta, Phil? Puede que tengas más suerte que nadie.

Recordé las palabras del teniente Presley y contesté:

—Nada de eso, linda. Lo que la vieja Florencia hubiera podido ocultar en la quinta, no es de mi incumbencia.

—¡Phil!

—¡Cuernos, muchacha! Pamela me contrató para otra cosa, pagó por ello, y a eso me atengo. Me limitaré, sí, a hacer averiguaciones y a impedir por todos los medios que no le ocurra nada.

—Correcto —me replicó, burlona—. El gran hombre no desea quedarse viudo tan pronto.

Fui a maldecir, pero comprendí que ella se reiría una vez más, y no lo hice.

Miré por la ventanilla y me di cuenta de que rápidamente nos

estábamos acercando a nuestro destino.

Caía la tarde cuando empezamos a atravesar unos taludes y sin saber cómo ni por qué, Lorna apretó el acelerador y el cuentamillas del «Ferrari» subió a las ochenta millas.

Fue entonces cuando el cristal, por encima de mi cabeza y de Lorna, saltó hecho astillas.

No tuve tiempo de decir nada, ya que en aquel momento uno de los neumáticos reventó. El «Ferrari» dio un enorme bandazo, Lorna empezó a luchar con el volante y lo consiguió a medias, ya que cuando el coche se salió de la carretera y tropezó con el talud, el encontronazo no fue tan violento como alguien hubiera podido imaginar.

—¿Te has hecho da...?

El nuevo proyectil me rozó la cabeza, cortándome el resuello y con él, las ganas de continuar preguntando.

—¡Vamos, salta por este lado! ¡Nos están tiroteando!

Abrí la portezuela lanzándome de cabeza al suelo, seguido de las magníficas piernas de Lorna, con ella encima, claro.

Ya con la «Magnum» en la mano, para la cual no tenía permiso en Chicago, como ya había pensado varias veces, y detrás del semi volcado «Ferrari», la enfrenté.

—Nos están tiroteando desde el otro lado del talud con un rifle con mira telescópica y silenciador, linda. Anda, corre hacia los árboles. Estoy seguro de que ese sucio no disparará contra ti.

—Pero...

—¡Haz lo que te digo, querida! —atajé violentamente—. Y trata de alcanzar la casa. Si puedes, vuelve con el «Pontiac». Las llaves están puestas.

Vi cómo vacilaba unos segundos y luego empezaba a dar media vuelta para irse alejando de mí, arrastrándose sobre el polvo y la hierba como un grande y hermoso felino.

Y peligroso también.

Yo lo sabía por experiencia.

Repentinamente se puso en pie y corrió hacia donde le había indicado, con la hermosa mata de pelo ondeando el viento, y, como esperaba, nadie disparó contra ella.

Esperé un par de minutos y luego empecé a arrastrarme en sentido contrario para salir del «Ferrari» por la parte opuesta.

Lo conseguí un tanto sorprendido porque tampoco dispararon contra mí.

Entonces me inmovilicé.

Perdí tres o cuatro minutos en darme cuenta de que mi amigo el asesino ya no estaba allí, que se había ido, y entonces me puse en pie, giré en redondo y corrí hacia donde había visto desaparecer a Lorna.

—¡Lorna! ¡Lorna!

Me oyó.

Oí su voz un tanto lejana y de nuevo grité:

—¡Lorna, linda, vuelve! Ya pasó todo...

Esperé.

Cinco o seis minutos más tarde la vi, viniendo hacia mí, al paso. Luego, cuando estuvo más cerca, corrió y sólo tuve el tiempo justo de abrir los brazos para recibirla.

Se colgó de mi cuello y lo mismo que en cierta ocasión, noté la caricia de sus dedos en mi nuca y el fuego de sus labios contra los míos, y puse todo mi empeño en olvidarlo todo.

Todo lo que no fuera ella.

Y lo conseguí, palabra.

Cuando nos separamos un poco más tarde, me miró con los ojos velados por las tupidas y rizadas pestañas rubias y preguntó:

—¿Y ahora qué, Phil, amor?

Sonreí con suficiencia.

Estaba satisfecho. Eso era todo.

—Cambiaremos ésa rueda —dije.

Me llevó más de una hora, pero al fin nos vimos rodando de nuevo hacia la quinta.

Mediábamos el camino que iba de la carretera hacia la misma cuando me pareció distinguir a Liz, avanzando por entre los árboles en dirección al lago.

—Para aquí, linda —dije.

Lorna obedeció en silencio y luego se encaró.

—La viste, ¿verdad?

—Sí.

—Y vas a verla, ¿no?

—Claro, querida. Apuesto a que la chica va a bañarse.

Frunció el ceño.

—Eso no me importa, Phil —contestó—. Quieres hablar con ella, ¿verdad?

Sentí deseos de molestarla y contesté:

—Nada de eso, querida mía. Voy a darle un beso..., si puedo.

No me replicó, abrí la portezuela y abandoné el coche.

Llegaba al filo de los árboles, donde arrancaba el serpenteante camino que debía de conducirme desde allí a la orilla del Michigan, cuando a mi espalda oí el rugido del motor del «Ferrari» al arrancar a gran velocidad en dirección a la quinta.

No volví la cabeza.

Continué mi camino hasta la orilla del agua y luego anduve unos cuantos pasos más, hacia mi derecha, y me detuve.

Liz se estaba quitando la blusa y luego la falda.

Debajo apareció el bikini.

Acto seguido se zambulló.

Me acerque a la orilla del agua.

Miré.

Liz apareció poco después y me vio casi al instante. Nadó hacia mí, y ya casi en la orilla vi sus redondos y desnudos hombros, sus piernas un tanto veladas por las azules aguas y noté que mi sangre empezaba a circular más deprisa por mis venas.

—Hola, Phil —me gritó—. Ande, báñese. El agua está estupenda. Vamos, ¿a qué espera?

—No tengo traje de baño, ricura —dije.

—¡Oh! Eso es una pena.

Antes de que me diera cuenta la tenía frente a mí, con la piel brillando a la luz del sol del atardecer, con gotitas que parecían perlas sobre sus desnudos, largos y morenos muslos.

—¿Tiene un cigarrillo? —espetó de buenas a primeras apenas si salió del agua y en tanto se dejaba caer sobre la hierba.

Me senté a su lado y se lo di.

Extraje el encendedor.

Se inclinó sobre mí pero no fue para encenderlo, sino para ofrecerme los labios. La besé fugazmente, encendió el cigarrillo y se dejó caer hacia atrás sobre la hierba.

Hermosa, muy hermosa, lo mismo que una pantera negra.

A pesar de mis pensamientos pregunté:

—¿Qué sabes de rifles automáticos, Liz?

Abrió mucho los ojos y se sentó.

—¿Rifles auto...? Bueno, Phil, a pesar de que no logro entender el sentido de sus palabras, le diré que todo. Soy capaz de desarmar uno, y volverlo a montar sin que me sobren piezas, por muy extraño que le parezca.

—¿Tiene alguno?

—Claro. Y mi hermano lo trajo con nosotros, ¿por qué?...

Estuve a punto de dar un respingo pero logré contenerme.

No repliqué a su pregunta, pero formuló otra ya que aquella confesión abría ante mí un mundo de posibilidades:

—¿Qué tal tiradora es usted, Liz?

Me miró abriendo mucho los ojos y contestó:

—Podría matarle a usted, de un solo disparo, a trescientas o cuatrocientas yardas de distancia, querido.

Callé.

¡Pensaba!

En la siguiente pregunta que tenía que hacer mientras Elizabeth Murphy me miraba atentamente con sus grandes y rasgados ojos cargados de sospecha.

Repentinamente habló cortando en seco el hilo de sus pensamientos:

—¿A qué vienen tantas preguntas?

Fumé en silencio por espacio de varios segundos hasta que dije:

—Por simple curiosidad, Liz. Vi un rifle en la quinta —mentí como un bellaco—, y me pregunté de quién sería. Eso es todo.

Frunció el ceño, pero no dejó que dijera nada más ya que pregunté:

—¿Por qué no hablamos de Florencia Callender?

Ante mi estupor me sonrió.

—¿Qué quiere saber de ella?

—Por ejemplo, y esto creo que ya lo he preguntado con anterioridad, ¿cómo era en sí? ¿Qué relaciones la unían a todos?

Volvió a sonreír mostrándome la maravilla de sus dientes pequeños e iguales.

—¿Con quiénes, con nosotros? Nos odiaba a todos, Phil. Como nosotros a ella.

—Y no obstante les nombró sus herederos. ¿Por qué?

Su hermoso rostro se nubló.

—Creí que eso ya lo sabía. Ella... Bueno, nos conocía bien. Por eso redactó el testamento de ese modo. Tal vez tenía miedo que la mataran y se cubrió para vengarse después de muerta. Sí, estoy segura que lo hizo por eso. Para que nos fuéramos eliminando los unos a los otros. Y luego esos dos millones en papel del Estado. Estoy segura de que mintió al afirmarlo al notario. No, ni siquiera existen.

—Entonces...

Me atajó con un gesto de su bien torneado brazo y continuó:

—Es fácil de deducir. Fácil y diabólico, Phil. Florencia dijo eso para que la creyéramos. De ese modo conseguía dar facilidades al asesino metiéndonos a todos, en esta quinta con objeto de buscar algo que no existe.

—Sí, puede ser —repliqué.

Hice una pequeña pausa que Liz no interrumpió y pregunté:

—¿Espera que maten a alguien más?

—¡Claro que sí! —contestó llena de seguridad y estremeciéndose—. ¿Acaso usted no? Escuche, Phil, tiene que evitarlo, ¿comprende? Ciertamente que la policía ha tomado cartas en el asunto y que se nos vigila, que incluso ese teniente nos ordenó no movemos de la quinta bajo ningún concepto, pero si usted no interviene evitándolo como sea, creo que..., creo que...

Me dejó helado.

Por tanto, para no seguir por aquellos derroteros que a nada conducían volví a la carga.

—¿Por qué no continúa diciéndome cosas de Florencia? Por ejemplo: ¿Quién o quiénes tenían más fácil acceso a la casa donde aquélla vivía, Liz?

Abrió mucho los ojos, se puso en pie sorprendiéndome, y la imité mientras decía:

—¿No le ha contado nada Pamela? Pues pregúntele. Ella tiene una bonita historia que contar refiriéndose a Florencia Callender. No olvide que era hermana de su madre. Sí —añadió pensativa—, una bonita historia que contar.

—¿Usted la sabe, Liz?

—Claro, pero no es cosa mía. Pregunte a Pamela. Ella es la obligada a explicar eso y no yo, ¿verdad?

—Debía de ayudarme, querida.

—Dije todo lo que tenía que decir, y nada más.

No repliqué de momento.

La miré a los ojos y sin lugar a dudas supe que por aquella parte, Liz ya no diría nada más.

Pensaba en ello cuando se me acercó hasta casi rozarme.

Levantó el rostro hacia el mío y preguntó:

—¿Nos vamos ya, Phil?

Pensé en aquel rifle, en las palabras que me había dicho, en las que, según propia confesión, era una experta tiradora y tal vez podía también ser una asesina.

Endiabladamente hermosa.

—Sí —dije—. Vámonos.

Entonces me incliné y la besé en los labios notando cómo me correspondía, llevando las manos a mi nuca.

Sentía la caricia de sus dedos. Se me entrenaba.

Apenas si tuve tiempo para pensar en ello cuando a nuestra espalda oí la voz inconfundible de Murphy:

—¡Maldito sucio! Si le veo besando de nuevo a mi hermana me parece que...

Nos separamos violentamente.

Liz, con el rostro encendido y las manos sobre los erectos y pujantes senos, y yo con una calma que me asombró.

Ladeé el rostro para mirarle y en aquel momento Murphy se lanzó contra mí.

Esquivé el primer puñetazo, finté con la izquierda, cayó en la trampa y le hundí el puño derecho en el estómago.

Boqueó como un pez fuera del agua, y acto seguido le envié rodando por entre la hierba con un cruzado de izquierda que casi le dejó sin conocimiento.

Miré a Liz.

—¿Me lo figuré, o vi en sus ojos unas chispitas burlonas?

No me contestó a la pregunta. Ahora toda mi atención estaba centrada en la figura de Murphy que en aquel momento se estaba poniendo en pie.

CAPÍTULO IX

El silencio entre los tres era total.

Lo rompió Murphy.

—Va a pagarme esto aunque sea lo último que haga en este mundo, Lansing.

Sonreí secamente.

—Si quiere, podemos continuar ahora mismo.

No me contestó.

Desvió los ojos hacia Liz, y añadió:

—Y tú, ya te estás largando.

Los grandes y rasgados ojos relucieron como dos diablos cuando replicó:

—Soy mayorcita, ¿no, Don? Por tanto, métete esa tus cosas y déjame en paz.

—Me estás har...

—¿De verdad? —le atajó—. Pues tú a mí también y jamás te dije nada, Don. Sobre todo, en lo tocante a tus relaciones con prima Mabel. Un dechado de perfecciones, ¿verdad?

No esperó respuesta.

Se inclinó, tomó del suelo la blusa y la falda, se Isa puso sobre el bikini y acto seguido se alejó hacia la quinta.

Fui detrás.

Unos segundos más tarde oí los pasos de Murphy tras los míos, pero no me volví.

En la puerta de la quinta, examinando al deteriorado «Ferrari», encontré a Joss Delano, pero ni rastro de Pamela ni de Lorna.

Me hacía esas reflexiones cuando Delano las cortó diciendo:

—¡Cuernos! ¿Qué le pasó al coche? Si mal no recuerdo usted y *miss* Dane salieron en él hacia Chicago ¿no?

Esboqué una fría sonrisa notando cómo Murphy se colocaba a mi lado y lo examinaba también pero sin acercarse demasiado.

—Fue a la vuelta, Delano —repliqué secamente—. Nos balearon con un rifle automático provisto, posiblemente de silenciador y mira telescópica.

Volví el rostro para mirar a Murphy y añadí:

—Usted tiene un rifle, ¿no? ¿Quiere decirme si también lleva mira telescópica con silenciador?

Confieso sin rubor alguno que no esperaba lo que iba a ocurrir a continuación, pero lo mismo que una centella, así se lanzó sobre mí.

Cuando quise darme cuenta, su puño, duro como una roca, me golpeó a un lado de la cara lanzándome al suelo lo mismo que un saco.

Oí gritar a Liz, cuando sin darme tiempo a levantarme, se me vino encima con el mismo ímpetu que una locomotora.

Encogí las piernas y luego las disparé.

Las suelas de mis zapatos se le clavaron en el pecho y materialmente voló hacia atrás aterrizando a más de tres yardas de distancia, en los mismos pies del impasible Delano.

Rebotó por el suelo como una pelota y acto seguido se puso en pie, llevando la mano a la funda de la axila, Liz gritó de nuevo, pero no hacía falta, ya que dije:

—Siga por ese camino, Murphy, y el juez lo llamará defensa propia.

Se inmovilizó con la mano sobre la culata del arma que llevaba bajo la axila izquierda mirando con ojos sombríos la «Magnum», que le apuntaba al pecho.

—Vamos, Murphy, ¿qué espera? —pregunté roncamente.

Apartó la mano de la axila, dio media vuelta y empezó a alejarse hacia la casa.

—Un momento —dije.

Se detuvo y se volvió.

Sus ojos eran duros cuando contestó:

—¿Qué quiere ahora, Lansing?

—Advertirle que voy a avisar al teniente Presley, y que le voy a acusar de intento de asesinato.

No me contestó.

Entró en la casa y me enfrenté con Delano, mientras Liz nos

contemplaba a los dos en el más completo silencio.

Fue el primero que rompió el silencio.

—¿Piensa en acusar a Murphy, Lansing? —pregunté.

—Sí. ¿Por qué no?

—Y perderá el tiempo.

Le miré atentamente en tanto Liz se acercaba a nosotros.

—¿Sí? —dije—. ¿Quiere explicármelo?

—Cualquiera pudo tomar ese rifle. Incluso yo o una de las mujeres. La propia Liz, aquí presente, es una magnífica tiradora.

—Y usted, Delano, ¿qué tal tira?

Me sonrió.

—No tan bien como la prima Liz, pero me defiendo.

Se burlaba.

Estaba seguro de ello.

Entonces pregunté:

—¿Sabía que Murphy trajo un rifle consigo, Delano?

Sonrió por segunda vez.

—¡Claro! El no intentó ocultarlo cuando llegó a la quinta.

No repliqué a aquello.

No había salida.

Era lo mismo que un círculo vicioso. Se daban vueltas y más vueltas y al final uno se encontraba en el mismo lugar de partida.

Di media vuelta y me encaminé hacia la quinta, dejándoles solos.

Ponía los pies en el primer escalón cuando Delano dijo a mi espalda:

—Creo, Lansing, que debería vigilar un poco a Pamela.

Me detuve y me volví.

—¿Qué quiere decir?

Le vi sonreír y no me gustó su sonrisa. Me entraron ganas, al verla, de partirle la boca.

Pero me contuve, lo que no cuadraba ni poco ni mucho con mi carácter.

—¿Sí? —pregunté—. ¿Y puedo saber por qué?

Sus dientes de lobo brillaron en una nueva y tercera sonrisa, y contestó:

—Ella también se quedó en la quinta, y pudo sentir celos de Lorna Dane. Es muy hermosa. Y con unas piernas como no he visto

otras, pesquisa. ¿Es o no es así?

Hice mutis por el foro, como suele decirse, y entré en la quinta.
Subí al piso alto.

Pamela no estaba en su habitación.

Fui a la que correspondía a Lorna, y llamé con los nudillos.

Me abrió ella.

De nuevo frente a frente, mirándola de pies a cabeza, mentalmente, le di la razón a Delano.

Tenía buenas piernas.

La mejores, palabra.

—¿Sí? —inquirió.

—Estoy buscando a Pamela. ¿La has visto? —La tuteé como siempre que estábamos solos.

—No, querido —contestó—. También la he buscado yo, y no la vi.

Me miró con gesto suspicaz y añadió:

—No he querido preguntar a nadie. Y ahora, Phil, ¿quieres decirme quién te golpeó? Fue Liz cuando la besaste, ¿no?

Se burlaba.

Lo mismo que siempre.

Abrí la boca para contestar cuando ella me atajó:

—¿La viste en bikini? Claro que sí. Y es muy hermosa. —Se miró las piernas y añadió—: Tiene unas extremidades casi tanto o más hermosas que las mías. ¿Te fijaste en ello, Phil, cielo?

Maldije entre dientes, di media vuelta e hice ademán de marchar, pero no pude ya que Lorna me sujetó entonces por un brazo.

—¡Eh! —exclamó—. ¿Dónde vas tan deprisa?

La miré.

—A buscar a Pamela —dije secamente—. Por si no lo sabes, es muy tarde y aún no comí nada. Es prosaico, pero tengo hambre.

Se echó a reír.

—Ven conmigo a la cocina y te prepararé algo.

Salimos.

De pasada, llevándola delante de mí, admiré una vez más el suave balanceo de sus caderas y sus magníficas piernas desnudas, y así llegamos a la cocina.

Lorna abrió el frigorífico y unos minutos más tarde tuve frente a

mí una comida en frío, que quizá se convirtiera también en una cena.

Comencé a devorarla en el más completo silencio, hasta que Lorna lo rompió:

—¿Quieres decirme qué fue lo que verdaderamente ocurrió?

Levanté los ojos del plato y la miré.

—¿A qué te refieres, ricura? —pregunté a mi ver.

—¡Oh! A esos golpes. Dime, ¿qué fue lo...?

Me eché a reír.

—Verás, cuando tuve a Liz en mis brazos, por sorpresa, ella se quitó el za...

—¡Phil!

Callé.

Era lo mejor.

Luego, ella ya no preguntó más por lo que hice el desayuno, la comida, y tal vez la cena, como ya había pensado.

Al terminar le di un cigarrillo y por mi parte encendí otro.

Nos miramos en silencio, largamente.

Fue Lorna la que lo rompió:

—Estoy esperando que me digas lo que en realidad pasó, querido.

Me puse en pie.

—Ahora no, linda.

—¡Phil!

—Voy a buscar a Pamela, pequeña. Ella me contrató entre otras cosas para que no la dejara sola, y eso es lo que precisamente no estoy haciendo.

No dijo nada.

Di media vuelta y me encaminé hacia la puerta de la cocina, sin besarla, y sin una sola palabra de despedida.

No encontré a Pamela en parte alguna.

Ni por la orilla del lago, donde fui después de buscar en la quinta, y en todas las habitaciones, incluyendo la biblioteca, ni en el extenso jardín que rodeaba la finca.

Cuando regresé era completamente de noche.

Encontré a Lorna, Liz, Joss y Don en el comedor, esperándome.

Por lo menos eso es lo que pensé ya que tan pronto como me vio, Lorna me dedicó una sonrisa y a continuación exclamó:

—Vamos, míster Lansing, siéntese a cenar, ¿quiere?

Me indicó una de las sillas que había a su lado y avancé en silencio en dirección a la mesa.

Hice lo que me mandaba y empezamos a cenar en el más completo silencio. Un silencio que se me antojó agorero, mortal.

Un silencio de tumba.

Que rompió Lorna preguntándome en tono bajo.

—¿Encontró a Pamela?

Pensé en el lago.

El Michigan no dejaba huellas. Un hombre o una mujer, con una pesa en él, iría al fondo sin que fuera encontrado jamás.

—No —contesté.

Siguió un breve silencio entre los dos que lo mismo que la vez anterior, ella rompió:

—Es extraño, Phil. ¿Qué diablos puede haberle ocurrido?

Era lo mismo que me estaba preguntando yo durante todo el día sin lograr responderme satisfactoriamente, por lo que repliqué:

—No lo sé. Y la verdad es que... Bueno, linda, no puedo pasar bocado, ¿comprendes esto?

—Sí, creo que sí —me miró atentamente y preguntó con la voz un tanto ronca—: Te has enamorado de ella, ¿verdad?

Por unos segundos la miré perplejo, y luego contesté con la verdad:

—No. Y quien te haya metido eso en la cabeza, se equivocó, linda.

Me miró arqueando una ceja.

—¿De verdad, Phil? ¿Sabes que eres una cajita de sorpresas? Y yo que creí que me habías seducido sólo por pasar el rato conmigo. ¡Caramba, querido, tan pronto como vea a Pamela se lo voy a contar! Y será divertido, palabra.

La miré de través, sin contestar terminé de comer y me puse en pie.

No la tuteé cuando dije levantando un poco la voz:

—Me voy a ir a dormir, *miss* Dane —miré a los demás y añadí en vez de darles las buenas noches como hubiera hecho otro cualquiera —: Por lo visto nadie se extraña que Pamela no esté aquí, que no haya cenado con nosotros, y es extraño, aunque esto parezca un burdo juego de palabras. ¿La vio alguien?

Se miraron en silencio y acto seguido fijaron sus ojos en mí.

Liz fue la primera que dio la respuesta:

—No. Desde luego, yo no la he visto.

—¿Falta alguno de los coches?

Delano fue el que me contestó mostrándome los dientes en una de aquellas sonrisas que tan poco me gustaban:

—La vi salir, un poco antes que *miss* Dane regresara con el «Ferrari». Iba hacia el lago. Eso es todo lo que puedo decir.

Sin saber por qué clavé los ojos en el semblante hosco y ceñudo de Murphy.

Me aguantó la mirada pero no dijo nada.

Entonces pregunté:

—¿La vio usted, Don?

—¡Lárguese al cuerno! ¿Quiere?

Rodeé la silla y me acerqué.

Se puso en pie para enfrentarme, y ya juntó a él exclamé:

—Escuche, Murphy, si esta noche o mañana Pamela no ha aparecido en la quinta, lo va a pasar mal. No lo olvide.

Cambió de color y vi cómo las venas de su cuello y frente se hinchaban.

—¿Por qué? ¿De qué me está acusando?

—De nada aún, Don, pero si encuentro a Pamela lo mismo que encontré a Mabel, puede que ocurran dos cosas. La primera es que le acuse ante el teniente Presley, y la segunda es que le mate a usted. No lo olvide.

—Eso es lo mismo que decirme que soy yo el que ha cometido esos asesinatos, y no se lo consiento.

—¿No? Pues escuche bien esto. Usted vino aquí con un rifle y a mí intentaron matarme con ese arma. Ahora desaparece Pamela y aún no sé dónde estaba ni de dónde venía cuando nos encontramos junto al lago. ¿Qué fue lo que hizo? ¿Tirlarla al Michigan con un peso en los pies? Porque usted venía de allí, ¿no? ¿O tal vez la enterró bajo los ár...?

—¡Cállese, Phil! Por favor, cállese.

Miré a Liz. Tenía el rostro demudado y las manos sobre los senos envolviéndome en una extraña mirada que no logré definir ni aún cuando añadió:

—Es... horrible todo esto. Pero por favor, ¡cállese!

Me enfrenté con ella.

No sabía por qué, pero me encontraba colérico.

—Y usted, Liz —dije—; ¿qué tiene que decirme?

Arqueó una ceja.

—¿A qué se refiere, pesquisa?

Noté que el tono de su voz había cambiado un tanto y que el brillo de sus ojos ya no reflejaba miedo.

Bajo la tela del vestido que se había puesto sus senos palpitaban un tanto desacompasadamente y me pregunté por qué.

—A la muerte de Mabel —repliqué— usted es una buena tiradora. Cito sus propias palabras, preciosa. ¿Dónde se encontraba cuando la mataron?

Oí maldecir a Murphy pero no hice caso, y miré a Joss cuando ella volvió un tanto el rostro para mirarla a su vez.

Como esperaba, fue aquél el que me dio la respuesta.

—Creo que se está pasando de rosca, amigo Lansing. El que usted sea o deje de ser un «privado», eso a nosotros no nos va ni nos viene, ¿comprende? Pero aun así, voy a contestar a su pregunta: Ni Liz ni yo lo sabemos, por la sencilla razón de que ninguno de los dos mató a Mabel. Ambos estábamos juntos, y por tanto no podíamos saberlo.

Eso apuntaba directamente a Murphy que se volvió enfrentándole.

—¡Repite eso, Joss! —pidió con voz ronca.

Delano le miró dubitativo, miró a Liz y acto seguido me miró a mí.

—No estoy acusando a Don como éste puede creer por mis palabras, Lansing —dijo—. Ni le acuso a él ni a nadie —volvió a mirar a Liz y añadió suavemente—. La verdad es que si bien Liz y yo salimos juntos, nos separamos unos veinte minutos más tarde.

—Es decir que ni usted ni ella tienen coartada, ¿verdad?

La salvaje voz de Murphy me interrumpió:

—Ni usted tampoco a pesar del matrimonio de conveniencia que ha efectuado. Y dígame, Lansing, ¿no será que su mujer mató a tía Florencia y luego, al regresar de nuevo a Nueva York se puso en contacto para venir aquí con usted y acabar entre ambos con unos cuantos estorbos? ¿Cuánto le pagó?

Le miré uno a uno, de hito en hito, y contesté con los ojos fijos

en el hermético y hermoso semblante de Lorna:

—Veintitantos mil dólares, Don. Como ve, una cantidad por la cual cualquiera se jugaría el pellejo.

Di media vuelta y abandoné el comedor, crucé el iluminado *hall*, lancé una fugaz mirada a la puerta que daba acceso a la biblioteca y empecé a subir la escalera que debía conducirme al piso alto.

Una vez allí me encaminé directamente al dormitorio que compartía con Pamela y entré cerrando a mi espalda, no sin antes haber dado la luz.

No había nadie.

Repentinamente sentí unos deseos locos de beber, pero me los aguanté.

Fui a uno de los sillones, me senté en él llevando ahora una revista en la mano, pero la dejé al cabo de unos minutos.

Pensaba en Pamela y en cierto papel que una vieja como Florencia había escondido en cualquier parte de la casa aunque particularmente y si no había mentido, la bella Liz, pensaba lo contrario.

Pamela y siempre Pamela.

La odiaban o la envidiaban.

No lo sabía con certeza.

Lo único, y de eso sí estaba seguro, es que al parecer intentaban, entre todos, cargarle el muerto y yo tenía que evitarlo. Para eso me había pagado.

Pero ¿era cierto aquello, o había algo más?

Por ejemplo: Que hubiera inventado todo aquel tinglado con objeto de llevarme a Chicago, concretamente a su quinta, para que yo, acuciado por la curiosidad, intentara buscar aquel dichoso documento.

Si lo encontraba... bueno, siendo ella la asesina, la deducción era lógica. El lago Michigan estaba a menos de un cuarto de milla de la entrada posterior de la finca.

Era una solución.

La mejor.

Pero Pamela no venía. ¿Por qué?

Encendí un cigarrillo, luego otro.

Y un tercero.

Pamela continuaba sin venir.

Finalmente solo recuerdo que me quedé dormido sobre el sillón.

CAPÍTULO X

Debí despertar al poco tiempo ya que el cigarrillo que tenía entre los dedos, aún humeaba sobre el suelo.

Me puse en pie y miré a todos lados.

Pamela continuaba ausente.

Repentinamente me puse nervioso, por lo que extraje la «Magnum» de la funda de la axila y la examiné. Coloqué la bala en la recámara y salí al pasillo.

Una vez en el mismo, vacilé, hasta que opté por llamar con los nudillos a la puerta del dormitorio de Lorna.

Tardó varios minutos en abrir, y cuando quedó en marcada en el umbral perdí la respiración.

Una mosquitera de transparente nylon, y eso era todo.

Entrecerré los ojos mientras me preguntaba:

—¿Quieres entrar y no quedarte ahí, Phil?

En otra ocasión lo hubiera hecho, pero ahora denegué con la cabeza.

—¿Vino Pamela, Lorna? —pregunté.

—¿Quieres decir que aún no la has visto, querido?

—No. ¿Y los otros?

—Deben estar durmiendo, Phil. Y tú, ¿dónde vas?

—A dar una vuelta por ahí. Aunque tenga que zambullirme esta noche, voy a buscar a Pamela, ricura. Si mañana por la mañana no sé nada de eso, llamaré al teniente Presley y que draguen esta orilla del Michigan.

Siguió una pausa que Lorna rompió:

—Voy contigo, querido.

La miré de pies a cabeza.

—¿Así? ¿De ese modo? Cierto que estás deliciosa, pero...

—¡Phil! ¡Pero si hacer calor! Y por favor, no seas decepcionante.

Di media vuelta, retrocedí unos cuantos pasos, le tiré un beso con la punta de los dedos, que me devolvió, y me encaminé directamente hacia la escalera sin volver la vista atrás.

Una vez en la planta baja crucé el *hall*, abrí la puerta y abandoné la quinta.

En el exterior vacilé.

No sabía dónde buscar.

Durante el día había recorrido los alrededores sin encontrar nada, y parte del jardín.

¿Volver a empezar y de nuevo por el jardín?

Me encogí de hombros y lo hice. Una hora más tarde había dado una vuelta completa a la quinta y repentinamente me vi frente a la puerta acristalada que desde allí daba acceso a la biblioteca.

Me acerqué pensando que allí había sido atacado una vez, y que allí murió Mabel.

De nuevo me pregunté para qué quería verme, y si fue aquello lo que motivó su asesinato, u otra cosa cualquiera fuera del alcance de mi atrofiado cerebro.

Porque la verdad sea dicho de paso, lo estaba.

Empujé la cristalera y entré.

Di dos o tres pasos en dirección a donde me pareció haber visto la noche antes el interruptor de la luz, y entonces algo se estrelló contra mi nuca y estrellé el rostro contra la alfombra.

Cuando me recobré, las luces de la biblioteca estaban encendidas y yo me encontraba tendido en el sofá.

Frente a mí, contemplándome en silencio, se encontraban Lorna y Pamela, ambas sentadas en sendos sillones, con las faldas a medio muslo, en un espectáculo digno de una competencia de piernas hermosas y bien torneadas.

Hice ademán de ponerme en pie, noté una punzada que pareció atravesarme el cerebro y gemí. Luego maldije, y finalmente logré sentarme en él cuando ya Pamela se me estaba acercando.

—¿Te sientes mejor, querido?

Solté un gruñido y contesté:

—¿Dónde has estado hasta ahora, linda?

Me dedicó una nueva sonrisa que era todo un poema.

—¡Oh! Por ahí. Me gusta el campo, Phil. Tomé un par de

emparedados y me dediqué a husmear un poco. Se me hizo tarde por lo que cuando regresé ya era completamente de noche. Entré en la biblioteca y...

—¿Qué buscabas? —pregunté interrumpiéndola en tanto que con los dedos me acariciaba la nuca ante la mirada socarrona de Lorna.

—Lo que cualquiera, Phil. Un papel, algo que me diga lo que todos quieren saber. Tengo el mismo derecho que ellos, ¿no? Dos millones son siempre dos millones a pesar de la cuantiosa fortuna que tía Florencia me dejó.

La miré fijamente, pero mis palabras fueron para la silenciosa Lorna:

—¿Quiere hacer el favor, *miss* Dane, si no le sirve de molestia, prepararme algo para beber?

Noté cómo se levantaba y unos segundos más tarde nos dejaba solos.

Fue entonces cuando añadí un segundo antes de que Pamela hiciera intención de contestar a mi pregunta anterior:

—¿Ambiciosa, Pamela?

—¿Qué humano no lo es, querido?

Sonreí.

—Yo, linda. Yo no lo soy. Por eso busco ese papel o cómo diablos quiera llamarse, ¿entiendes? De modo que si me trajiste aquí con esa intención, fracasaste por completo.

Su bello rostro se nubló y su voz sonó un tanto ronca cuando inquirió:

—Entonces, ¿se puede saber lo que haces aquí?

—Un poco el indio debido a mi matrimonio contigo, y protegerte siempre y cuando sepa dónde estás, querida.

—Muy...

La atajé:

—Dime, preciosa —dije—. ¿Por qué no me cuentas una historia? Arrugó el entrecejo.

—¿Qué clase de historia, Phil?

—Pongamos la de Florencia Callender. Tú dijiste que era hermana de tu madre, ¿no?

—Correcto, eso dije. ¿Por qué?

—¿Qué ocurrió para que ella y tu madre se separaran, querida?

—¿Hace falta que te lo cuente?

—Sí.

Dio media vuelta y se dejó caer en el sillón cabalgando una pierna sobre la otra, pero a pesar de la fantástica exhibición de las mismas, no me estremecí.

Esperaba.

Fue muy poco ya que casi en el acto, Pamela preguntó, levantando hacia mí el redondito y voluntarioso mentón:

—¿Y si no te lo digo, Pili?

—Tomaré mi maleta, y esta misma noche estaré en Chicago. De allí a Nueva York hay muy poco camino en un reactor, muchacha.

—Si, es cierto —quedó pensativa unos segundos y continuó—: Mi tía Florencia se enamoró de un hombre y él de ella. Iban a casarse cuando intervino la que hoy es mi madre, y se lo quitó. Se casó con él, de resultas de todo lo cual nací yo. La tía no olvidó aquello. Se separó de toda la familia y poco a poco fue agrandando sus negocios procurando tratarnos a todos por igual. Era como si el daño que le hizo mi madre quisiera pagarlo con todos los sobrinos que tenía. Con toda la familia. Como ves, Phil, una historia sencilla y corta.

—Y no obstante, a ti te lo dejó casi todo, excepto esos dos millones en papel del Estado, si es verdad que existen. ¿Por qué?

—¡Diablos, Phil! ¡Y yo que te creía una pesquisa inteligente!

—¿Qué quieres decir? —pregunté mirándola malévolamente.

—Pero si es sencillito. Siendo la que más hereda, según los pensamientos que debían anidar en la mente de Florencia, era o debía de ser también la primera víctima de un asesino.

—¿Y cómo sabía Florencia que llegarían hasta el asesinato, querida?

—Nos conocía bien. Es decir, les conocía a todos demasiado bien para saberlo. Y estoy casi segura de que viva, ella hubiera podido señalarte a su asesino, si lo quieres así, sin equivocarse.

La miré atentamente.

No mentía.

Eso fue lo que me pareció, pero tampoco lo hubiera jurado delante de un tribunal.

—¿Algo más? —preguntó.

—No. Por ahora, no.

—Entonces, si no te sabe mal, me voy a dormir.

Se levantó, hice ademán de imitarle, pero me atajó con un gesto.

—Puedes ir más tarde si lo deseas, Phil, amor. Lorna se enfadará si no te ve aquí. No olvides que la has pedido algo de beber.

No repliqué y se alejó de mí hacia la puerta, balanceando las caderas de un modo que enloquecía.

La abrió, y en el umbral se cruzó con Lorna que entraba.

Se detuvo, las vi hablando a las dos, y luego la segunda acabó de entrar, llevando en las manos una pequeña bandeja con dos altos vasos de *whisky* con soda y hielo.

Me dio uno, se sentó frente a mí, me mostró al hacerlo las piernas casi con entera profusión, y se lo agradecí con una sonrisa.

Pero a pesar de la misma preguntó:

—¿Qué es lo que no anda bien, Phil?

No repliqué de momento.

Llevé el vaso a mis labios y bebí un poco y me puse en pie.

En el acto vi la mirada de sorpresa que Lorna me lanzó:

—¡Phil! —exclamó—. ¿Ya te marchas?

—Sí —dije un tanto secamente—. ¿Por qué?

—¡Oh! Porque aún no me has dicho lo que andaba mal.

—¿Mal? Nada, querida. ¿Por qué tenía que...?

Me interrumpió.

—Lo sé, cielo. ¿Qué es lo que ocurre? ¿Acaso Pamela?

No supe qué contestar a aquello porque yo tampoco lo sabía, y me volví en redondo y avancé hacia la puerta.

La miré desde el umbral.

—Perdona, pero no tengo humor para nada.

Desaparecí antes de que ella tuviera tiempo de decir nada más, dejándola sola con un vaso de *whisky* en las manos y otro sobre la mesita, que apenas si yo había tocado.

Subí al dormitorio.

Pamela.

Siempre Pamela y aquel papel o lo que fuera. Y un loco asesino. ¿Quién? ¿Cómo? ¿Por qué?

Muchas preguntas y ninguna respuesta.

Desde el sofá, donde me senté apenas entrar, vi la luz filtrándose por debajo de la puerta que nos separaba, y no me pesó.

Fue entonces cuando lo supe, y por tanto aparté aquellos

pensamientos de mi mente y aunque pensé en ella, fue en otro sentido.

Papeles..., papeles..., papeles..., papel..., y al final de todo aquello, Pamela.

Pero aquello era sencillamente horroroso.

No, no podía ser de ningún modo, y cuanto más lo pensaba más me gustaba. No obstante, era absurdo.

Absurdo de todo punto.

Me pasé la mano por los cabellos y a continuación lié y encendí un cigarrillo con los ojos fijos en la raya de luz que se filtraba por debajo de la puerta del dormitorio de Pamela.

¿Qué esperaba? ¿Qué estaba haciendo sin dormir a aquella hora? Sospechas, imbecilidades de todo punto.

Y finalmente, ¿dónde estaba aquel maldito papel?

Hasta me quedé dormido y soñé con Pamela. Con unos cuantos cadáveres, con que el teniente Presley me perseguía, por aquellos asesinados que tenían un extraño parecido con el que pudiera tener el hermoso cuerpo de Pamela, completamente degollado.

Desperté cuando el sol entraba a raudales por las abiertas ventanas.

Me puse en pie.

De nuevo los pensamientos de la noche anterior me asaltaron e intenté desecharlos de mi mente por todos los conceptos.

No pude.

Con una vaga sensación que no supe cómo definir me acerqué a la ahora abierta puerta del dormitorio de Pamela.

No estaba.

En el umbral vacilé.

Luego, como asaltado de una repentina idea me acerqué a la que daba acceso al pasillo y la cerré por dentro pasando el cerrojo.

Regresé al dormitorio de ella y empecé a registrar. Media hora más tarde recibía la mayor sorpresa de mi vida.

Encontré algo, sí, pero no era lo que yo esperaba ni mucho menos. Por tanto, cuando la sorpresa me dejó pensar, lo dejé en el mismo lugar, puse todas las cosas en su sitio y abandoné la estancia con la cabeza hecha un caos mientras mis sospechas se cristalizaban ahora en otra dirección.

Hacia la verdadera dirección que debieron llevar de un

principio.

No vi ni a Pamela ni a Lorna, ni a nadie de la casa, hasta el anochecer de aquel mismo día.

No porque no se encontraran en la quinta, sino por la sencilla razón de que sin decirle nada a nadie tomé el volante del «Pontiac» y me fui a Chicago.

Entre *whisky* y *whisky* continué pensando, siempre dentro de los derroteros que me había lanzado lo que descubrí en el dormitorio de Pamela, pero cuando regresé a la quinta, me encontraba en el mismo lugar de un principio.

CAPÍTULO XI

Terminaba de reconstruir la escena cuando estacioné el «Pontiac» frente a la puerta principal de la quinta y entré en ella.

Pensaba en Lorna, en la conversación que iba a sostener con Lorna tan pronto como la viera, pero cuando lo hice aquel día, o mejor dicho, aquella noche, las cosas habían cambiado de tal modo, que la escena que yo adivinaba entre los dos no se produjo.

No del modo que yo había esperado.

Claro que esto no lo sabía en aquel momento.

Liz, con sus maravillosas piernas al descubierto a causa de los «shorts», me salió al paso viniendo de una de las habitaciones.

—¡Phil! ¡Míster Lansing! —llamó al verme—. Un momento.

Me detuve y la enfrenté.

—¿Sí?

Vino a mí y me prendió por las solapas de la chaqueta. Noté su suave perfume y el calor de su cuerpo esbelto y juvenil, pero no hice un solo movimiento.

Simplemente esperé.

—Se trata de Don, míster Lansing. No lo encuentro por parte alguna. No ha estado aquí para cenar ni para la hora de la merienda. No sé lo que ocurre y tengo miedo.

Esbocé una fría sonrisa.

—No se preocupe, *miss* Murphy —dije—. A su hermano no le pasará nada.

En aquel momento decía la verdad de lo que pensaba ya que según mi propio yo, Murphy no podía ser el asesino.

No lo era.

—¡Claro que sí! —me contradijo—. Don jamás faltó a una cita con la comida. Yo..., yo voy a avisar a la policía si para la hora de

la cena no viene. Pero antes lié querido consultar con usted.

Me aparté un poco de ella y la miré de pies a cabeza.

—No haga eso por ahora, Liz —dije llamándola como la llamé junto a la orilla del lago—. No lo haga hasta que yo se lo diga. ¿Quiere?

Me miró esperanzada.

—Gracias, Phil. Sabía que me ayudaría.

Entonces hice una nueva pregunta:

—Y los otros, ¿han faltado de aquí?

Ella frunció el ceño.

—No... no lo sé —contestó.

Vacilaba, sus ojos se mostraban esquivos y estallé:

—Escuche, Liz, preciosa, si quiere que la ayude, conteste con la verdad. ¿Quiénes han estado fuera de la quinta hoy, a parte de mí, claro?

Me miró largamente y contestó:

—Pamela se fue un poco después de la comida del mediodía y ya no la he vuelto a ver.

Arqueé una ceja porque aquello sí que no cuadraba en modo alguno con mis deducciones.

Para mí, y según mis propios pensamientos de ahora, si alguien había tenido que faltar de la quinta, era Lorna, por ser ella quien era.

Que faltara Pamela, francamente no lo entendía, no me cabía en la cabeza.

—¿Alguien más, linda? —pregunté esperanzado.

—No, Phil. Nadie más.

Pensé rápidamente, y continué sin entenderlo. Por tanto hice otra nueva pregunta:

—¿Y *miss* Dane, Liz?

—¡Oh! La vi con Joss. Incluso estuvimos hablando los tres juntos. Luego ellos dijeron que iban al lago a darse un baño, y cuando regresaron lo hicieron juntos. Les vi entrar ya que me encontraba sentada en el porche.

—¿Dónde está ahora *miss* Dane? ¿Lo sabe? —pregunte a punto de estallar en maldiciones ya que todo aquello estaba dando al traste con mis deducciones tan cuidadosamente planteadas durante todo el camino desde Chicago hasta la quinta.

—Supongo que arriba, ¿por qué?

Sin contestar a aquella pregunta formulé otra:

—¿Y Joss?

—No lo sé. Desde que le vi con *miss Dane*, no le he vuelto a ver.

De nuevo mi mente, en el interior de mi mente, se libró una verdadera batalla, hasta que Liz la cortó con una pregunta:

—Me ayudará, ¿verdad?

—Ya le dije que sí, Liz, pero no haga nada hasta después de la hora de la cena, ¿comprende?

—¿Por qué antes no, Phil?

Esbocé una sonrisa que me salió torcida.

—Porque antes deseo sostener una conversación con *miss Dane*.

Me miró sorprendida.

—¿Por qué *miss Dane* precisamente?

—Olvídelo, muchacha. Y ahora, procure esperar tranquila, Liz. Yo voy arriba.

No me replicó.

Me dedicó una sonrisa y se apartó de mi lado.

Atravesé el *hall*, alcancé la escalera, subí por ella, y unos cuantos minutos más tarde me vi frente a la puerta del dormitorio de Lorna Dane.

Sonreí antes de llamar con los nudillos.

Abrió casi en el acto y una vez más me vi frente a su escotada blusa donde el nacimiento del audaz seno eran un atractivo más de los que ya de por sí tenía, y frente a sus largas y bien torneadas piernas.

La tomé de la barbilla, me incliné sobre sus labios y los besé. Pero aquel beso difería bastante de los que hasta ahora le había dado.

Lorna no pareció notarlo ya que se apartó del marco de la puerta y con una sonrisa me invitó a entrar.

Lo hice cerrando la puerta a mi espalda y pasando el cerrojo.

Vi la sorpresa en sus ojos y me permití una sonrisa.

—Siéntate, querida —dije señalando uno de los sillones.

Obedeció en silencio mirándome curiosa, y cruzando las magníficas piernas frente a mí.

—¿Qué es ello, Phil, querido? —preguntó.

Contesté con algo que no esperaba.

—¿Tienes algo para beber, querida?

Arqueó levemente una de sus finas y elegantes cejas rubias y sus grandes y rasgados ojos verdes me miraron durante unos segundos hasta que finalmente hizo ademán de ponerse en pie.

La atajé con un gesto de la mano.

—Me lo prepararé yo mismo, gatita —dije.

En el acto me indicó dónde estaba.

Delante de sus ojos, en el más completo silencio, me preparé un *whisky*.

Con el vaso en la mano me volví y la enfrenté.

Nos miramos en silencio, estudiándonos, y me maravillé al ver que su expresión era de simple curiosidad y no de miedo como esperaba.

—Vamos, Phil, suéltalo. Te estoy escuchando.

Bebí un poco y me acerqué más.

—Voy a contarte una historia, Lorna. Una pequeña historia, como yo la veo. Yo soy uno de esos agentes, ¿no?

—Sí, claro. Pero...

La atajé con un nuevo gesto y continué:

—Una mujer me contrató en Nueva York para que la acompañara a Chicago como guardaespaldas entre otras cosas. Y me engañó, linda.

—¿Quieres decir que Pamela...?

—Espera que aún no terminé —atajé por tercera vez—. Me engañó por la sencilla razón de que esa mujer es una asesina, ¿comprendes? —Vi cómo se le demudaba el semblante y sin hacer caso proseguí—: Verás: De Nueva York a Chicago sólo hay unas cuantas horas de vuelo, ¿me comprendes? En una ocasión, o en varias, ella hizo este viaje, y ahora me estoy refiriendo a mucho antes de la muerte de Florencia Callender. Ella, como todos los familiares de la vieja, sabía del odio que unos a otros se profesaban. Pamela encontró su oportunidad en uno de estos viajes y la asesinó. Ya de vuelta a Nueva York esperó a que se leyera el testamento para poder continuar actuando, lo diremos así, en una forma oficial, ¿no? Contrató a un imbécil para que le sirviera de cabeza de turco, más que por nada porque en este Estado ningún marido puede declarar en contra de su mujer. No, no se puede hacer, pero sí se puede escribir una carta anónima al precinto de la policía y dejar

que sea ésta la que actúe, querida. Luego había un papel que a Pamela le interesaba poseer, si es que realmente existía. Nada mejor que un pesquisa para que lo buscara, pero se dio el caso de que el agente se desentendió del papel e investigó por otro lado. Como ves, todo muy sencillo, cuando llega a saberse.

A mis palabras finales siguió un largo silencio que Lorna rompió:

—¿Estás acusando a Pamela de ser una asesina...?

—Correcto. Eso estoy haciendo. ¿Algo en contra?

—Sí. Que si piensas así, es que estás loco. ¿A quién se le ocurre una idea como ésta?

—A mí, linda. Nada más que a mí. ¿Y sabes por qué?...

—No.

—Entonces te lo diré. Es que... Bueno, querida, aún hay algo más.

—¿Sí? —preguntó mirándome ahora llena de interés y un tanto nerviosa—. ¿Qué es ella, Phil?

Bebí largamente y contesté:

—Usurpación de personalidad, Lorna, cielo —dije pausadamente—, porque tú no eres Lorna Dane, sino Pamela Hendrix. Ella, la que pasa por mi esposa, es la verdadera secretaria Lorna Dane, y tú... tú, mi esposa. Por eso lo hiciste primero, como te dije, para que yo jamás pudiera declarar contra ti, si tu juego llegaba a descubrirse alguna vez. Y segundo cambiaste de personalidad va que era preferible que si llegaba a desatarse la ambición dentro de la quinta y surgía inopinadamente otro asesino, fuera Lorna la que pagara por ti, en su personalidad de Pamela Hendrix. Una buena jugada a fe mía.

—Que yo... ¿Que yo soy Pamela y al mismo tiempo tu mujer? Pero eso...

—Registré el cuarto de ella, querida —dije fríamente—. En una de sus maletas estaba la copia del acta matrimonial. Para que fuera válido engañándome a mí, sólo hacía falta algo muy sencillo. Lo firmé primero, ¿verdad? Como esposo, ¿no? Luego lo hizo Lorna con tu nombre y... Bueno, que tú firmaste con él tuvo verdadero en el lugar donde debía de firmar la novia y no la testigo, y ella lo hizo en sentido contrario. De manera que la testigo se convertía en la novia, y viceversa. Sí, linda, fuiste lista. Y ahora... Ahora...

Ya no trató de negar cuando me atajó con una pregunta

mientras se ponía en pie:

—¿Qué vas a hacer, Phil?

—Voy a buscar a Murphy. Y pide al cielo que no le haya ocurrido nada, o seré yo el que acabe contigo, Pamela —contesté llamándola por su verdadero nombre—. Estamos muy cerca del lago, ¿entiendes? No puedo declarar contra ti, pero sí puedo eliminarte de tal modo que jamás encontrarán tu cadáver, y no habiendo tal, tampoco hay crimen. Yo, querida, no escribí la Ley.

—¡Phil!

—¿Que?

—No, querido. Ciertamente troqué las personalidades, pero no fue por ese motivo. Fue porque tuve miedo, por egoísmo. Ésa es la verdad. Pagué a Lorna... Bueno, eso no importa, pero te digo la verdad. No, no maté a nadie. Nunca hasta ahora estuve en Chicago. No conocía a Florencia. Jamás la vi. Tuvo que hacerlo otro. Joss, Don, o quizá la propia Liz. ¿Cómo podía yo matar a Mabel? Es horroroso, Phil. Además, ¿cómo podía dejarme seducir por ti? Y carnalmente. ¡Oh! ¿Es que no lo comprendes? ¿Es que no te das cuenta de que te amo y que...?

No la escuchaba.

Acababa de beber mi *whisky* y me encontraba yendo hacia la puerta del dormitorio. Tomé la llave y la atajé.

—Voy a buscar a Murphy, querida. Y voy a encerrarte aquí para que no te muevas, Pamela. Si lo haces, si escapas, te perseguiré por todas partes hasta que consiga acabar contigo. ¡Ah! Y ahora que lo pienso, amor, no voy a ser yo el que te denuncie, ya que no puedo. Pero puede hacerlo el propio Murphy si vive, o Liz. Tal vez Delano. Yo, hablaré con ellos. Es fácil —la miré burlonamente y añadí—. ¿Conoces un viejo adagio español, querida?

—¿Qué quieres decir?

—Sencillamente que los españoles dicen que «hecha la ley, hecha la trampa». Y eso voy a hacer contigo. Yo no declararé contra ti ya que la Ley lo prohíbe, pero lo harán ellos, y precisamente basándose en la historia que yo les cuente. Me comprendes ahora, ¿verdad?

—¡Phil!

Abrí la puerta, crucé el umbral y salí al pasillo cerrando con llave a mi espalda.

Cuando miré a través de la abierta puerta del comedor, vi a Joss Delano y a Liz Murphy completamente solos en torno a la gran mesa, silenciosos como tumbas.

No les interrumpí.

Faltaba Don Murphy, y la mujer que yo tomara como Pamela Hendrix.

Faltaba también, en fin, llamándolo correctamente, Lorna Dane, pero la verdadera.

Me aparté de la puerta del comedor, crucé una vez más el *hall* y salí al jardín.

CAPÍTULO XII

Bajo el porche encendí un cigarrillo.

Pensaba.

Luego, de resultas de estos pensamientos, me encaminé hacia el lago Michigan.

Pamela, alias Lorna.

Lorna Dane, alias Pamela Hendrix.

Todo cuadraba.

Todo menos una cosa. Me sobresalté al pensarlo, ya bajo los árboles. Continué andando como un sonámbulo influenciado, tal vez, por aquella nueva idea. Pero aquello era una locura.

Pero ¿no había sido una locura que empezó en Nueva York con un no menos loco matrimonio de resultas del cual había sucedido todo aquello?

No quise pensar.

Era demasiado, incluso para mí, que ya había enviado a unos cuantos hombres a la silla eléctrica.

Me detuve entonces pensando en el teniente Presley. ¿Por qué no llamarle ahora que aún era a tiempo? ¿Por qué no dejarle a él que acabara con todo aquello? ¿A pesar de todo lo que yo había pensado y le había dicho a ella?

Sacudí la cabeza.

No deseaba pensar más.

Empezaba a dolerme la cabeza y aquello no me gustaba.

Llegaba a esta conclusión cuando le vi.

Caído en medio del serpenteante camino que iba desde la misma orilla del lago hacia el interior, bajo los árboles y la espesa vegetación que en varios lugares crecía exuberante.

Lo mismo que en una jungla.

Me incliné sobre él.

Don Murphy estaba muerto. La predicción de su hermana se había cumplido. Tenía un balazo en medio de la cabeza que se la atravesaba de parte a parte. Sus ojos, espantosamente abiertos, miraban sin ver el follaje de los árboles que nos cubrían.

Le miré atentamente.

Tenía los bolsillos vueltos del revés, y aquello fue el chispazo que me faltaba luego de mis anteriores pensamientos.

Un papel, Pamela, Lorna, ambas trocando las personalidades.

¿Por qué?

Me formulé la pregunta un millón de veces antes de darme cuenta de lo que yo creía que era la realidad, y aquélla aún me pareció más locamente descabellada que todo lo anterior.

Pamela y Lorna, y un papel.

Una vez más aquella idea saltó a mi mente en forma arrolladora. Un muerto con los bolsillos vueltos, al contrario. ¿Qué significado tenía aquello? Sólo uno. Uno que posiblemente era la solución.

¡Lorna!

Pero la verdadera, la que se había hecho pasar por Pamela Hendrix, la que yo creía que era mi esposa, hasta hacía apenas media hora.

Miré el cadáver por última vez notando cómo el chispazo de comprensión me cegaba.

Volví los ojos hacia atrás, hacia el lugar donde estaba la quinta y luego, como impulsado por una fuerza misteriosa empecé a andar siguiendo aquel serpenteante camino bajo los árboles.

Nunca supe cuánto tiempo anduve de un lado para otro. Sólo sé decir que ya aparecía el sol por el horizonte cuando me di cuenta que mis pies pisaban de nuevo la orilla del lago Michigan, a unas tres o cuatro millas de distancia de la quinta.

Los acantilados en aquel lugar. Las rocas. El agua azul, mansa y casi transparente. Un poco más allá, las huellas de la hierba. Luego en el polvo del camino.

Zapatos planos.

Zapatos de deporte, pero de mujer. ¿Quién? Sólo un nombre a mi mente. Un nombre que no me atreví a pronunciar ni en mi interior.

Un nombre de mujer.

Extraje la «Magnum» de la funda y la pasé al bolsillo derecho de la americana.

Seguí las huellas.

Media hora más tarde vi la boca de la cueva, cerca, muy cerca, casi rozando la orilla del Michigan.

Me detuve examinando el liquen, la humedad de las paredes exteriores.

Extraje la «Magnum» y puse el dedo sobre el gatillo; avancé unos pasos y entré en la cueva.

Terreno de roca y pizarra, resbaladizo, descendente.

Vacilé unos segundos antes de empezar a bajar por aquella especie de rampa, notando que a medida que lo hacía estaba más oscuro.

Entonces, con la mano izquierda, busqué el encendedor. Lo encendí con el tiempo justo para darme cuenta de que la rampa terminaba.

Era pequeña.

Apenas si cabrían allí un par de habitaciones como la que Lorna o Pamela tenían en la quinta.

Rocas, pizarra, arena, lodo, y más allá, casi desdibujado a la tenue luz del encendedor, vi una pequeña caja de madera.

Pero de Lorna Dane, ni rastro.

No me cabía en la cabeza pero era así.

La cajita, Lorna Dane, Pamela Hendrix, el cadáver de Mabel, el de Murphy... Todo saltó en el interior de mi mente a velocidad infernal, porque aquélla era la única verdad que había en todo aquello.

Pero Lorna, la verdadera Lorna, ¿dónde se encontraba? Según mis cálculos, tenía que estar dentro de la cueva. Las huellas de sus zapatos me habían llevado allí, y no había visto las que hubiera podido producir al abandonar el recinto ya de regreso a la quinta.

No lo comprendía.

Era lo único que no comprendía en aquel momento.

Me encogí de hombros pensando que tal vez ella había tomado lo que había en el interior de la cajita de madera, casi deteriorada por el tiempo y la humedad, y rápidamente, luego de enfundar, avancé hacia la misma.

Di tres, cuatro pasos, cinco, y mis pies empezaron a hundirse

rápidamente.

Algo diabólico estalló entonces en el interior de mi mente.

¡Arenas movedizas, y Lorna!

Intenté volverme y empecé a hundirme aún más. Luché pidiendo un milagro y las arenas, me cubrían mucho más arriba de las rodillas.

Empecé a sudar.

Un sudor frío, mortal.

Repentinamente me pareció que el lugar donde se encontraba la cajita era más consistente, que cerca de las paredes de la cueva el suelo era más firme, y luché denonadamente por alcanzarla.

Sólo conseguí una cosa; que el lodo me llegara a la cintura.

Me pareció que avanzaba, pero no me movía. Fue entonces cuando por primera vez en mi vida tuve verdadero miedo.

Era la muerte. Pero una muerte muy horrorosa. La misma que Lorna había tenido allí mismo, después de asesinar a Murphy para arrebatárle el papel que éste debió encontrar en alguna parte de la casa.

¿Por qué? ¿Por ambición?

Y era yo el que había descubierto todo aquel tinglado, ahora sin equivocarme, el que iba a morir completamente solo, entre aquellas malditas arenas...

Sí, pronto me encontraría con el cadáver de Lorna Dane, pero yo no me daría cuenta de nada porque a mí vez también estaría muerto.

El lodo me llegaba a las axilas, y fue aquel preciso momento cuando el encendedor se apagó. Lo solté.

Ya no me moví.

Y no lo hice por un vano intento de retrasar mi muerte. Pero aun así, aquélla, en forma de lodo y arena, iba acercándose a mí de una manera lenta pero inexorable.

Pensé en Florencia. En lo que me habían dicho de ella. Que era mala, y no llevaban razón.

No, de ningún modo.

Porque en vez de mala, Florencia Callender era sencillamente diabólica.

La oscuridad, el silencio, la muerte.

El sudor frío, de hielo, corría por mi frente y mi rostro

empapándome el cuello y parte de la camisa, pero yo no lo notaba porque otro frío me iba cubriendo poco a poco como un sudario.

¡El frío de la muerte!

Cerré los ojos en la oscuridad cuando el lodo me llegó a los hombros.

Entonces noté que me ahogaba. Abrí la boca para poder respirar y oí un extraño gorgoteo que no sabía cómo definir hasta que repentinamente me di cuenta de que era ni garganta la que lo producía.

Dejé de pensar en un heroico esfuerzo, y apreté los ojos.

Fue entonces cuando me pareció oír aquella voz que se me antojó como viniendo del Más Allá:

—Vamos. Aguante un poco. Y..., y... ¡Mal rayo le parta, Lansing!

Perdí el conocimiento, por eso no supe lo que ocurrió mucho más tarde, hasta que me lo explicaron.

Abrí los ojos.

Estaban todos.

Es decir; todos los que quedaban.

Pamela o Lorna, como queramos llamarla, Liz, el teniente Presley y unos cuantos policías, Joss Delano y yo.

Les miré uno a uno y luego hice ademán de sentarme sobre el lecho ya que me encontraba en la habitación de Pamela.

La verdadera Pamela, mi mujer.

En el acto la tuve a mi lado, silenciosa, mirándome sin rencor por la acusación que había formulado contra ella, ayudándome a sentarme, a pesar del maloliente lodo que me cubría por entero.

Lo conseguí y por fin quedé sentado frente a frente de todos ellos. Fue entonces cuando Presley formuló lo que pudiera llamarse la primera pregunta de la serie.

—¿Cómo se encuentra, Lansing?

Intenté una sonrisa pero no pude.

—Regular —fue lo que dije.

Hizo una mueca.

—¿Se siente con ánimo de contestar a unas preguntas?

Era toda una amabilidad por su parte, y en otras circunstancias, al adivinar su juego, me hubiera echado a reír, pero ahora no lo hice.

Sencillamente no podía, por lo que repliqué:

—Correcto, ¿qué quiere saber?

—Todo. Y al decir todo, me refiero a lo que usted sepa.

Vacilé unos segundos y pregunté:

—Antes, teniente, debo preguntarle lo que contenía aquella cajita. La rescató como a mí, ¿verdad?

—Sí, así fue.

—¿Qué...?

—No contenía nada. Lansing. ¿Le sirve de algo?

No repliqué a aquello y formulé otra.

—¿Encontró a Pamela? Quiero decir...

—Sé lo que quiere decir, Lansing, y mi respuesta es no. ¿Algo más?

No repliqué.

Estaba intentando coordinar mis ideas un tanto dispares, basta que lo conseguí.

—Murphy —empecé mirando a Liz, sintiendo lástima, pena por ella— mató a Florencia Callender. Lo hizo, porque él también se enteró de parte de su testamento. No de todo, va que la vieja calló lo de los dos millones en papel del Estado que, a pesar de comunicárselo al notario, diabólicamente solo existían en su imaginación. Con eso sólo deseaba una cosa. Con eso y con la herencia que le dejó a Pamela Hendrix, la hija de la mujer que más odiaba en el mundo. La hija de su propia hermana a la cual no había podido olvidar ya que ésta le quitó al hombre que más quería casándose con él.

»Su odio la llevó a odiar a toda su familia lanzándoles a los unos contra los otros, instigándoles al asesinato —proseguí—. Por eso mismo testó legando la mayoría de sus bienes a Pamela. Sabía que si el asesino, por ambición, continuaba de aquel modo, la primera víctima propiciatoria sería ella misma, Pamela. Pero mi llegada acompañado de la falsa Pamela y su no menos falsa secretaria, se lo impidió por el momento. Por eso asesinó a Mabel. También aquella muerte representaba para él un buen bocado aparte de que creía, que como investigador privado le iba a poner sobre la pista de cierto papel en el cual, según la creencia de todos, Florencia indicaba dónde se encontraban escondidos bonos al portador por un valor de dos millones de dólares. Al darse cuenta de que yo no

intervenía en aquello, por causas que nada tienen que ver con esto, decidió actuar por cuenta propia.

Hice una ligera pausa mientras la aprovechaba para terminar de ordenar mis ideas, y proseguí en vista de que nadie intentaba nada para interrumpirme:

—Buscó el papel y lo encontró. Al tenerlo en su poder fue cuando empezó a tener miedo. Por eso tomó el rifle que había traído consigo, rifle que todo el mundo había visto en sus manos, por lo que en un momento dado podía decir con entera sencillez que él no lo había usado, sino que alguien lo tomó «prestado» de su dormitorio, e intentó balearme en la carretera, no consiguiéndolo por puro milagro.

Siguió una larga pausa que Liz rompió brutalmente:

—¡Sucio! —estalló—. ¿Cómo puede decir que mi hermano era el asesino? ¿Dónde están las pruebas?

Vi las miradas fijas en mí, la sonrisa socarrona del teniente Presley, y continué:

—Todo lo prueba, *miss* Murphy. Incluso la actuación de la verdadera Lorna. ¿O es que no lo entiende?

—¡No! ¡Claro que no!

—Es fácil —dije sin perder la calma ya que no debía hacerlo, por ella misma—. Lorna tomó un papel que no le correspondía porque mi esposa, aquí presente, pagó una cantidad por ello. Y lo hizo bien. ¿Recuerdan el día en que la estuve buscando por todas partes, no? No la encontré ni aun cuando mucho más tarde, y cuando ya todos dormían, la continué buscando, y luego, sin saber por qué, fui a la biblioteca donde ya había sido atacado una vez. Entré y alguien, sospecho que fue la propia Lorna, me golpeó en la cabeza privándome del conocimiento. Cuando lo recobré ella misma estaba a mi lado. La explicación que me dio no me convenció en modo alguno. Al día siguiente hablé con usted, Liz, porque me lo pidió apenas si me vio entrar en la quinta. Su hermano había desaparecido según me dijo, ¿no? Entonces le hice unas cuantas preguntas y fui a ver a la que todos creían que era Lorna Dane, y hablé con ella. Luego me fui. Empecé a buscar sin saber qué, y encontré a Don Murphy muerto, asesinado. Empecé a pensar. ¿Y si estaba equivocado? Pamela que no era... Un papel que podía o no podía existir. Unos bonos del Estado que no podían ser tales. Corrí

tras las huellas y... Callé durante unos segundos y luego añadí:

—Lo demás es fácil. Pamela o Lorna Dane, como en realidad se llamaba, también le cegó la ambición. Sospecho que la noche en que me golpeó en la biblioteca vio a Murphy y adivinó. Fue detrás de él al día siguiente y le alcanzó en el sendero. Hablaron y le mató. Le registró encontrando un papel que sólo servía para una diabólica venganza. Para que el asesino cayera en una trampa, porque a Florencia le interesaba aquello también. Muerta ella, asesinada porque así lo esperaba, sólo una idea había en su mente; que Pamela muriera y al mismo tiempo, si la Justicia no lo conseguía, llevar a éste mismo asesino, con el falso papel, hacia las arenas de la cueva. Una vez allí, lo más lógico es que éste, al ver la cajita, caminara en línea recta y no arrimándose a la pared de roca donde no había peligro alguno. Sucedió así, y yo mismo soy la prueba de lo que digo.

Me puse en pie tambaleándome.

En aquel entonces intervino el teniente Presley.

—Entonces, según usted, Lorna Dane se encuentra en...

—Si alguien fuera capaz de quitar todo ese lodo, todas esas arenas, teniente, la encontraría en el fondo, sí es que el infierno lo tiene.

—Sí, puede ser. Pero ¿por qué?

Le entendí en el acto y contesté:

—Como todo. Por ambición. Ése es el motivo, teniente. Ella vino aquí, pagada y no ya como secretaria, sino para representar un papel. Un montón de dólares, más dos millones, el Michigan cerca, una buena motora, y ya en Canadá, cualquiera puede conseguir el canje de dos millones de bonos al portador. Pero no desde el mismo Canadá, sino de cualquiera de los países en los cuales no existe extradición alguna. Me comprende, ¿verdad?

—Si, creo que sí.

—Entonces, teniente, le ruego que me deje ir a dormir. Para la encuesta, estaré a su disposición.

No dije nada y salí acompañado de Pamela que no se me acercó hasta que no llegamos al pasillo del piso alto, yo pensando en que no había dicho al teniente qué motivos había tenido para sospechar de mí, aunque ya los sabía.

De un modo u otro, había sospechado y probado lo de la

suplantación de personalidad por parte de mi esposa y su secretaria. El resto, por parte suya, era completamente lógico.

Entramos en la habitación de ella y nos miramos a los ojos.

No dije nada pero me sentía en ridículo. ¿Qué pensaría Pamela de mí? ¿De mi acusación de hacía apenas unas ho...?

Sus palabras interrumpieron el curso de mis pensamientos:

—Es mejor que te des una ducha y te acuestes durante unas horas, Phil. Luego te encontrarás mejor.

No repliqué, pero con un mudo gesto de asentimiento me encaminé hacia el cuarto de baño.

Atravesaba el umbral cuando ella añadió a mi espalda:

—Phil, si quieres, lo nuestro puede continuar, ¿entiendes? He sido seducida por mi propio marido y... Bueno, Phil, eso es cosa tuya y no mía, cielo.

No contesté.

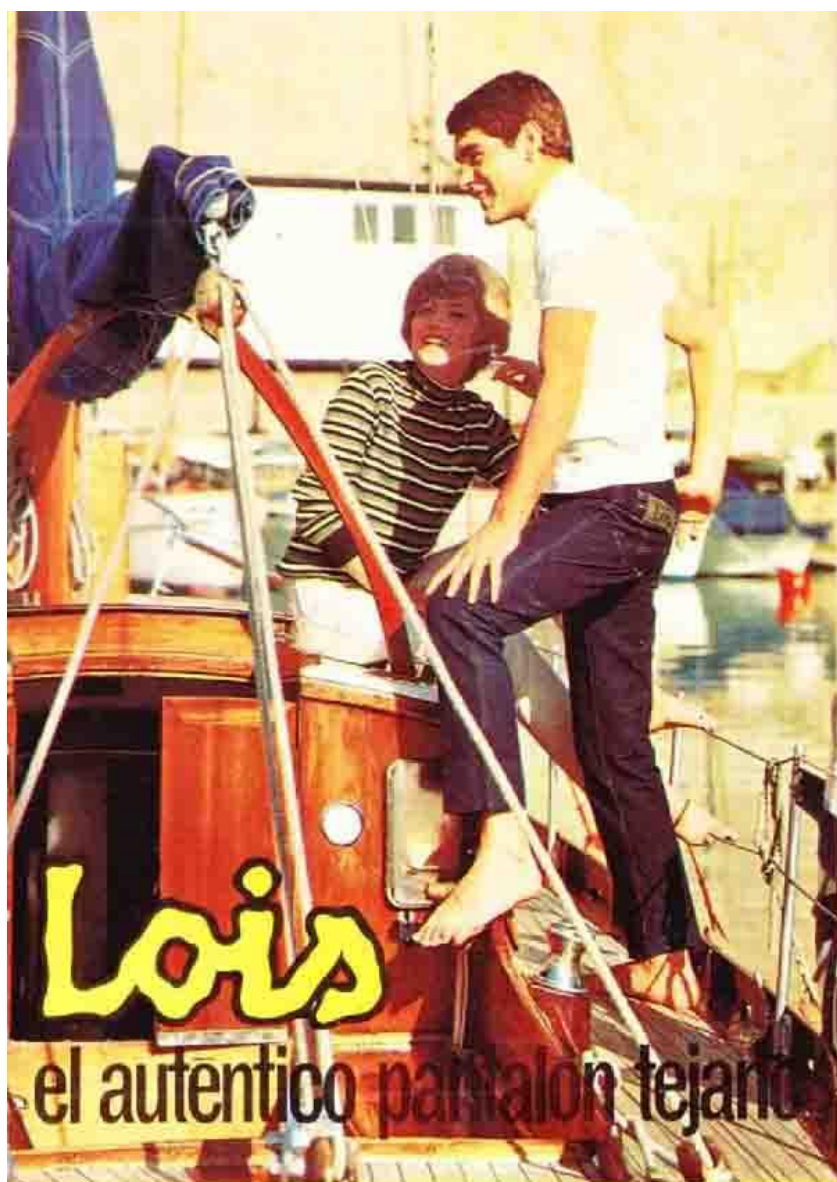
No podía.

Pero Pamela me dio un par de gemelos, ya en Nueva York, al cabo de un año de matrimonio.

Es una buena respuesta, ¿verdad?

Sí, creo que sí. Creo que es la mejor.

FIN



Lois

el autentico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.